
Georges Chevrot

El Avemaría

Único
ejemplar



Cuadernos Palabra



Cuadernos Palabra

El Avemaría

© Jean Chevrot, 1946
© by Ediciones Palabra, S. A., 1996
P.º de la Castellana, 210 - 28046 Madrid

La versión original de este libro
apareció con el título:
L'AVE MARIA

© Traducción:
Manuel Morera

Diseño cubierta:
José Luis Saura

Printed in Spain
ISBN: 84-8239-093-7
Depósito legal: M. 10.251-1996

Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

Georges Chevrot

El Avemaría

Ediciones Palabra, S. A.
Madrid

«¿Quién no ha oído, a última hora de la tarde, en las iglesias rurales, la voz grave de los campesinos que rezan la Salutación angélica? ¿Quién no se ha encontrado procesiones de peregrinos pasando entre sus dedos las cuentas del rosario, mientras repiten a lo largo del camino el nombre de María? Siempre que alguna cosa alcanza la perpetuidad y la universalidad, es que esa cosa encierra en sí una misteriosa armonía con las necesidades y el destino del hombre. El racionalista sonríe viendo pasar hileras de gente que repiten una misma palabra: quien posee una luz mejor comprende que el amor no tiene más que una palabra y que, repitiéndola siempre, no la repite nunca»¹.

Estas palabras de Lacordaire están vigentes. También hoy el *Ave Maria* sigue siendo la oración de las almas que aman. Las páginas siguientes no pretenden des-

¹ LACORDAIRE, *Vida de Santo Domingo*.

velar todas las riquezas de esta corta oración: sólo nos proponemos dar a conocer a algunos su origen y su valor doctrinal, y hacer que saboreen mejor sus palabras tan sencillas a quienes no se cansan de repetirlas.

I EL ORIGEN DEL AVE MARÍA

No es fácil imaginar que numerosas generaciones de católicos no hayan rezado una oración tan popular como es hoy el *Ave María*. Sin embargo, hasta el siglo XII las oraciones habituales, las que los sínodos ordenaban que los sacerdotes enseñaran a los fieles, eran solamente el *Pater*, el *Credo*, incluso el *Miserere*. Los cristianos piadosos rezaban la *Salve Regina* y el *Alma Redemptoris Mater* antes de recitar nuestra Avemaría. Fue un obispo de París, Eudes de Sully, quien menciona en 1198 el *Ave* en una ordenanza sinodal. Aun así, el texto que se utilizó durante toda la Edad Media era más corto que el nuestro.

1. La «Salutación»

Las palabras de la «Salutación» están tomadas de los dos relatos de la Anuncia-

ción y de la Visitación, como los relata San Lucas: «Ave, llena de gracia, el Señor es contigo. Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre».

Ciertamente los cristianos conocían y les gustaba leer estas palabras del ángel Gabriel y de Isabel, pero, cuando empezó a cuajar la devoción mariana no se les ocurrió transformarlas en una invocación familiar. Primero figuraron en la liturgia de Adviento. En el oficio de Laudes, el saludo de Isabel proporcionó la antífona del *Benedictus* para el jueves de la primera semana; la del cuarto domingo reproduce el saludo de Gabriel; pero ambas fórmulas siguen aún separadas. La primera yuxtaposición de los dos textos se lee en la Misa del cuarto domingo, cuyos cánticos principales evocan o celebran a la madre de Jesús. Primitivamente, la gran vigilia del sábado de las Cuatro Témperas se cerraba, al alba del domingo, con la Misa que, antes de la última reforma litúrgica, se decía el sábado por la mañana; cuando se produjo esta anticipación, hubo que componer una Misa nueva para el cuarto domingo: a esta redacción más tardía debemos el tener en la antífona del ofertorio la primera parte de nuestra *Avemaría*. Esto produce un efecto de lo más feliz. En cierto

modo María se pone a la cabeza del desfile de fieles que llevan al altar el pan y el vino que el rito eucarístico cambiará en cuerpo y sangre de Jesucristo, del mismo modo que, camino de Belén, nuestra Señora llevaba en su seno al Redentor que pronto iba a entregar al mundo. Se observa aquí el primer añadido al texto evangélico: caía de su peso. El nombre de la Santísima Virgen sigue inmediatamente al *Ave*: «Dios te salve, María».

Así pues, esta oración se nos presenta con un origen litúrgico. A partir del siglo XII, se convierte en una devoción eclesiástica y al mismo tiempo popular, por influencia de los monasterios del Cister y, en el siglo siguiente, de Santo Domingo y de las Órdenes mendicantes. El *Ave* ocupa su sitio entre el *Pater* y el *Credo*, tanto en el oficio del coro como en las oraciones cotidianas de los fieles. Se reza al pasar ante una imagen de María, para obtener favores del Cielo, para defenderse de las tentaciones, y generalmente al comienzo y al final de las principales acciones de la jornada. Los predicadores predicán sobre el *Ave*, y las inscripciones de las tumbas piden a quien pasa a su lado la limosna de un *Ave* para el difunto.

Al mismo tiempo, entre los hermanos conversos de los monasterios y los seglares piadosos, se extiende la costumbre de *multiplicar* las *Avemarías*: para ello se ayudan de un pequeño cordón de cuentas, vulgarmente llamado *paternoster*, antes de llamarse rosario. Algunos recitan cincuenta veces seguidas la *Salutación*, otros hasta cuatrocientas veces. Todo quedó en una media de ciento cincuenta *Avemarías*, el mismo número que los salmos de la Biblia, lo cual hizo que esta recitación múltiple recibiera el nombre de *Salterio de la Virgen*, y de ahí salió la práctica del Rosario. San Luis, rey de Francia, recitaba todos los días las cinco decenas. «El santo rey se arrodillaba todos los días por la noche cincuenta veces y cada una de esas veces se levantaba y se volvía a arrodillar, y cada vez que se arrodillaba recitaba muy despacio un *Avemaría*». Una crónica del siglo anterior cuenta que una persona santa, que respondía al nombre de Eulalia, decía ciento cincuenta *Avemarías* diariamente. Fue, sin embargo, reprendida por nuestra Señora porque atropellaba la recitación; así pues, resolvió no decir más que cincuenta con mayor respeto. No está mal considerar que la práctica del Rosario fue de manera especial favorecida por la bre-

vedad de la antigua fórmula del Avemaría, menos de la mitad de larga que la nuestra. La recitación diaria de las quince decenas no exigía entonces un tiempo considerable.

Durante mucho tiempo la fórmula del *Avemaría* siguió siendo la del ofertorio del cuarto domingo de Adviento: acababa con las palabras *ventris tui*. Son las únicas palabras que Santo Tomás explica en su comentario a la salutación angélica. Dos monjas célebres del siglo XIII intentaron añadirle un complemento.

Santa Gertrudis aconsejaba añadir estas palabras: «Jesús, esplendor de la claridad del Padre y figura de su sustancia». Ella misma nos dice cómo recitaba el Avemaría: «En la primera palabra *Ave*, pedía alivio para las personas que se encontraban apenadas; en la siguiente, *María*, que significa «mar de amargura», la perseverancia en el bien para los penitentes; en las palabras *gratia plena*, el sabor de la gracia para quienes no la tenían; con las siguientes, *Dominus tecum*, el perdón para todos los pecadores; con éstas: *benedicta tu in mulieribus*, la gracia de adelantar en la buena voluntad para todos los principiantes; con las palabras *benedictus fructus ventris tui*, la perfección para los elegi-

dos; luego, *Jesus splendor paternae claritatis*, la ciencia verdadera; después, *et figura substantiae eius*, el amor divino»².

Contemporánea de la mística renana, una religiosa premonstratense, Santa Juliana de Mont-Cornillon, cerca de Lieja, de la que se sabe que Dios le dio el encargo de enriquecer la liturgia del Santísimo Sacramento, no era menos devota de la Virgen. Aconsejaba añadir a la Salutación la respuesta de María: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra», pues estas palabras eran parte integrante del misterio de la Encarnación. Pero en esa misma época, la institución del «Ángelus», propagado por San Buenaventura y los religiosos franciscanos, respondía mejor al deseo de Santa Juliana. Su iniciativa, lo mismo que la de Santa Gertrudis, no consiguió modificar el texto del Avemaría.

De todas maneras, en el siglo XIV, la fórmula antigua se termina en todas partes añadiendo las palabras *Jesus, Amen* o *Jesus Christus, Amen*. Este añadido se atribuye al Papa Urbano IV; por lo menos fue aconsejado explícitamente por Juan XXII. Era la coronación indispensable de la Sa-

² *El Herald del amor divino*, 1. VI, cap. XII.

lutación. En suma, al texto evangélico se añadieron dos palabras, María al comienzo y Jesús al final. María nos lleva a Jesús. Vamos a Jesús por María.

2. La «Petición»

La segunda parte de nuestra Avemaría se fue formando progresivamente. Sin duda la confianza en la poderosa intercesión de Nuestra Señora invitó a los fieles piadosos a que a la alabanza siguiera una petición de ayuda. Ya en un breviario cartujo del siglo XIII encontramos este final: «Sancta Maria, ora pro nobis». La palabra «peccatoribus» figura en un breviario del siglo XIV. San Bernardino de Siena recitaba: «Santa María, ruega por nosotros pecadores». Esta fórmula ya es corriente en el siglo XIV. En francés se introdujo el adjetivo «pobres». No se sabe quién, pero la expresión «pobres pecadores» acentúa el sentimiento que debemos tener de nuestra miseria, al mismo tiempo que obliga al corazón misericordioso de María a mostrarse tierno con sus hijos humillados y arrepentidos, que han sido infieles con Dios, cuya es su Madre. Las palabras *mater Dei*, puestas en oposición a *Sancta Maria*, son

de importación más reciente: subrayan la alta dignidad de nuestra Señora y las razones que poseemos para creer en la eficacia de su intervención a favor nuestro. En cuanto a la conclusión *nunc et in hora mortis nostrae*, fue de uso en las Órdenes religiosas antes de pasar a la costumbre de los seglares. Éste fue el último añadido a la Salutación angélica. Hacia finales del siglo XVII el texto actual era recibido en toda la Iglesia latina.

Ya hemos visto que el Avemaría no esperó a tener su forma definitiva para intercalarse en la oración oficial de los cristianos entre el Padrenuestro y el Credo. Con toda seguridad ninguna oración rivalizará nunca con la oración dominical, que es la oración fundamental, recapitular, la que lo dice todo, expresa los deseos, responde a todas las necesidades y Jesús en persona la enseñó a los hombres. No obstante, al lado de esta oración gigantesca, la sencilla Avemaría puede también reivindicar un origen celestial: nos hace hablar el lenguaje de los ángeles, nos hace repetir las palabras que Isabel pronunció bajo la inspiración del Espíritu Santo, y las últimas palabras que han cristalizado a continuación de la doble salutación, como impulso espontáneo de cristianos descono-

cidos, ¿acaso no son de esas palabras que, como dice San Pablo, el propio Espíritu suspira en el interior de nuestras almas?³. Por lo demás, podemos descubrir el sello divino en el tesoro dogmático que el Ave-maría encierra bajo su evidente sencillez. Antes que el símbolo de la fe, nuestro majestuoso Credo, el Ave-maría es ya un pequeño resumen de nuestras creencias; por lo menos establece con notable precisión las bases doctrinales de la devoción a María.

³ *Romanos* 8, 26.

II

VALOR DOCTRINAL DEL AVEMARÍA

Los protestantes del siglo XVI atacaron a la piedad mariana en términos que ninguno de sus correligionarios ratificarían hoy. Rechazaron, por supuesto, el Avemaría que, según ellos, no era una oración, puesto que no está dirigida a Dios.

En todo error hay al menos una apariencia de verdad. En efecto, las oraciones de la liturgia romana se dirigen siempre a Dios, incluso las que se compusieron en honor de la Virgen María y de los santos. Hemos visto que el Avemaría conquistó su derecho de ciudadanía en el misal, no a título de oración, sino como una cantinela para ser ejecutada durante un ofertorio. Sacada fuera del misal, el Avemaría siguió siendo lo que fue en su origen, una «salutación», una oración jaculatoria un poco amplia, aumentada después por una breve

petición de intercesión. Pero pretender que el homenaje a Dios esté ausente de la invocación mariana, ¿no es quedarse demasiado en esclavo de la letra?

Se invoca a María porque fue obra de Dios y obrera de sus designios. En el texto, el nombre de Jesús ocupa el centro del Avemaría, en el contenido de la oración su persona ocupa la cima: a Él alabamos en definitiva: «Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús». Para bendecirlo tomamos el camino que siguió el Verbo descendido del seno del Padre al de María, con el fin de arrancarnos del pecado. Nos elevamos hacia Él asociándonos a su Santa Madre: ¿acaso nos está prohibido, durante ese camino, bendecir a quien pudo proporcionarle una carne sin mancha? ¿Acaso podríamos esquivar la compañía de la madre de Dios en un momento en que el nombre de Jesús reaviva en nosotros la esperanza de la salvación? Su santidad hace de ella un socorro para nuestra debilidad, y contamos con ella para que en el momento en que muramos nos conduzca de nuevo al Cristo que nos ha salvado.

Ésa es la línea que sigue el Avemaría, que nos hace recorrer los misterios fundamentales del cristianismo, la Encarnación, la Redención, la Iglesia, deteniéndonos en

las etapas benditas de Nazaret y del Calvario, y hasta las puertas del Cielo.

Los cristianos que se extrañan del lugar que ocupa la Santísima Virgen en la piedad católica no tienen en cuenta el lugar que Dios le ha destinado en la obra de nuestra Redención. No el lugar principal, que corresponde a Jesús, pero tampoco un lugar accesorio. Nada se hizo sin ella; todo se cumplió con su concurso. La Encarnación no se realiza sino con su consentimiento; a petición de ella el Señor inaugura la serie de sus milagros. Su papel no es el de salvarnos, sino el de hacer posible nuestra salvación: por eso se oculta mientras que su Hijo cumple con su misión. Pero cuando ésta está a punto de completarse, María vuelve al lado de Jesús; está al pie de la cruz, renovando el *fiat* de Nazaret y ofreciendo a Dios el cordero que quita los pecados del mundo.

Por eso, la devoción que tenemos a María, lejos de estorbar al culto que debemos rendir a Dios y al Verbo encarnado, confiere a nuestra religión una mayor delicadeza. No sustituimos al Creador por una criatura: el Avemaría es una prueba de ello, puesto que sólo pedimos a María que ruegue con nosotros y por nosotros, pobres pecadores. ¿Cómo podríamos mani-

festar a Jesús mayor unión con Él que uniéndonos a los sentimientos de aquella de quien recibió el más total y más santo amor? Recurrir a María es imitar a Jesús y, por lo tanto, es estar seguros de que le agradamos: ¿acaso nos reprochará que amemos demasiado a su santa madre? No la amaremos nunca tanto como Él la ama.

El P. Faber, convertido del protestantismo al catolicismo, respondía a los reproches de sus antiguos correligionarios con unos versos escritos en alabanza de Nuestra Señora:

«Hombres desdeñosos han dicho con frialdad que mi amor por Vos me apartaba de Dios. ¡Oh, Madre!, amándote, no he hecho más que seguir el camino que el que han pisado los pasos de mi Salvador.

»¡Qué poco saben lo que vale mi Madre quienes me han dedicado esas palabras sin corazón! ¿A quién, pues, en la tierra Jesús ha dado la mitad del amor con el que os amaba?

»Obtenedme la gracia de amaros todavía más. Pedid, que Jesús os dará. Entonces, Madre mía, cuando hayan pasado todas las penas de la vida, ¡entonces os amaré verdaderamente!

»Al término de su agonía, Jesús me entregó a Vos desde lo alto de la cruz; ¿cómo

podría yo amar a vuestro Hijo, dulce Madre, si yo no os amara a Vos?».

¿Quién no ve todo lo que nuestra piedad puede ganar si nos colocamos en esa disposición de alma enteramente conforme con los hechos de la historia? Conservamos la cabeza fría, es nuestro corazón el que se caldea en nuestro interior cuando consideramos lo que pudo ser el trato que unió a Jesús y a su santa madre, y la exquisita relación que el mismo Señor estableció entre María y nosotros. En esto es en lo que pensamos, mientras repetimos con sencillez esas pocas palabras invariables del Ave María.

III CONSIDERACIONES SOBRE LAS PALABRAS DEL AVE MARÍA

1. La vocación de María

AVE. El ángel Gabriel estaba maravillado de la misión que la Santísima Trinidad le había encargado. Anunciador de los decretos de la misericordia divina, cuando se encuentra en presencia de la criatura escogida para realizarlos, se encuentra ante un motivo más de admiración. Nunca hasta entonces había visto un alma humana de tanta belleza. Se inclina en el acto ante la joven muchacha de Nazaret: *Ave!*

Los embajadores del Cielo no suelen proceder de esa manera. Cuando, seis meses antes, el mismo arcángel se presentó ante Zacarías, tuvo que tranquilizar al sacerdote que se llenó de temor, entonces manifestó sus títulos: «Soy Gabriel, que

asisto ante Dios, y he sido enviado para hablarte». En Nazaret parece tan conmovido como María. Olvida nombrarse; no expone enseguida su mensaje. La que debe escucharlo tiene derecho primero a recibir el homenaje de su respeto y, dirigiéndose a la futura Reina de los ángeles: «Dios te salve —dice—, llena de gracia, el Señor es contigo». No se esperaba encontrar un rincón del Cielo en la tierra...

La palabra AVE es el palíndromo de EVA. Consideración ingenua sin duda y que sólo vale para la lengua latina. *Recibiendo ese AVE de boca del ángel, María le da la vuelta al nombre de EVA y nos establece en la paz.* Sin embargo, los Padres griegos, y antes que ellos San Justino y San Ireneo, que escribían en griego, ponen de relieve el notable contraste que existe entre Eva y María. La grandeza de la *segunda Eva* consiste en que ella repara y compensa con creces la obra nefasta de la primera mujer.

Ambas salen de las manos de Dios en estado de gracia, pero Eva, al prestar oídos a las sugerencias de la soberbia, quiere «ser como Dios», mientras que María es humilde: el saludo del ángel la turba, y se asombra de haber sido distinguida para ser la madre del Mesías.

Eva acepta conversar con el demonio y se deja seducir por él; María se deja convencer por un ángel. Eva discute el precepto de Dios, así es que no lo cumplirá; María no comprende en un primer momento la orden divina, sin embargo se somete a ella con confianza. Eva desconfía de Dios, que ha puesto una restricción a su libertad: desea precisamente la satisfacción que le es negada y, para apoderarse del fruto prohibido, se separa de Dios. María se fía de Dios: por anticipado acepta lo que se le pida y su *fiat* la une más estrechamente a Dios. «Por su desobediencia, Eva se hace causa de muerte para ella misma y para todo el género humano; por su obediencia, María se hace para ella y para todos causa de salvación» (San Ireneo).

El nombre de Eva significaba *madre de los vivientes*; nuestra primera madre no fue para su posteridad más que una madrastra, *Eva fuit noverca posteris*. Se olvidó de nosotros, pensando sólo en el goce del que se creía privada y se lo procura al precio del pecado. Pecado cuyas consecuencias se repercutirán durante siglos. Dios la había colocado junto a Adán para que fuera una ayuda para él, *adiutorium simile sibi*: ayuda bien pobre, socorro de

desgracia, incita a su marido a que desobedezca. Despreocupándose de su responsabilidad, hace que sus hijos se condenen al sufrimiento y a la muerte. Por el contrario, lo que Eva nos había tristemente arrebatado María nos lo devuelve por medio de su divino Hijo, *Quod Eva tristis abstulit, Tu reddis almo germine*. La suerte de la humanidad se juega en Nazaret, como se jugó en el jardín del Edén; y en ambos casos depende de una mujer. Dios intenta la prueba por segunda vez. La Santísima Trinidad espera la respuesta de María. «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». *Fiat!* Nuestra Señora pronuncia el sí que nos salvará: Ella es la verdadera madre de los vivientes, nuestra Madre.

«La muerte por Eva, la vida por María» (San Jerónimo). Junto al árbol del Edén, Eva ofrece el fruto de muerte que sume a nuestra raza en la miseria. María permanece junto al árbol de la cruz, pero para ofrecernos el fruto de vida, la palabra de vida, el pan de vida. Por ella hemos podido poseer a Jesús, su Evangelio, su Eucaristía.

AVE. Esta primera palabra de una oración que nos es tan familiar procuremos pronunciarla como lo hizo el ángel de la

anunciación, con *respeto*⁴. La santidad de María se lo merece. Unamos a nuestra veneración un sentimiento vivo de *gratitud* hacia la que ha hecho posible la abolición de nuestro castigo y nuestro retorno a la vida. Esforcémonos por *imitar* su diligencia en responder a las llamadas de lo alto.

AVE. También a nosotros Dios no hace oír esa palabra a menudo, pues nos trata con respeto. Por una parte sus Mandamientos y por otra la incidencia de los acontecimientos de nuestra vida son la expresión de su voluntad: contienen los elementos de nuestra *vocación*. Dios nos llama a la santidad, pero no nos coacciona para ello; desea ser servido libremente, espera que le amemos y que se lo demostremos con nuestra obediencia. No obstante, para ayudarnos a responder a sus designios, a veces nos los manifiesta en las necesidades a las que nos vemos obligados a someternos. Los acontecimientos, la necesidad, esos maestros que Él nos ofrece con su mano, son nuestra situación de fortuna, nuestro estado de salud, nuestros éxitos o nuestros fracasos, nuestras facilidades o nuestras pruebas. Dios pide

⁴ *Cum magna reverentia disponis nos (Sabiduría, 12, 18).*

entonces una aceptación voluntaria por nuestra parte. En ambos casos miremos tanto el orden de la providencia como el precepto igual que si fueran un saludo de Dios, que piensa en nosotros y cuenta con nosotros. Ese *ave* que resuena en nuestra conciencia es una llamada a una vida más ordenada, más valiente, más santa. El Ave-maría nos ayudará con frecuencia a repetir el *fiat* de la Santísima Virgen para nuestra propia salvaguardia, y quizá también para la salvación de los demás.

El cristiano debe mantener un sentido muy agudo de su responsabilidad. EVA o AVE. Con frecuencia nos vemos en la situación de elegir: o bien renovamos la falta de Eva, tentadora y causa de desgracia, o bien repetimos la obediencia de María, santificadora y causa de alegría. Nuestras palabras, nuestros actos, incluso nuestros pensamientos comprometen a otras personas; no sólo testigos de nuestra conducta, sino también a quienes nos acompañan en nuestra existencia y a aquellos en quienes, consciente o inconscientemente, ejercemos alguna influencia. Del mismo modo que nuestra personalidad es en parte la resultante de nuestra herencia y de los ejemplos o de los consejos que hemos recibido, así también contribuimos a orientar y a

moldear otras conciencias. Nuestros escándalos las inclinarán al mal, nuestros esfuerzos virtuosos al bien.

2. El nombre de María.

MARÍA. El ángel Gabriel, al saludar a Nuestra Señora, no la llama de inmediato por su nombre, temiendo sin duda que se sorprendiera por esa familiaridad por parte de un visitante desconocido. Pero enseguida se decide: «No temas, María», le dice. Pero San Lucas no nos hace esperar la continuación del diálogo para informarnos; al contrario, el evangelista parece impaciente por nombrarla ya desde la primera frase de su relato: «La joven se llamaba María».

¿Quién no disfruta repitiendo con fervor el nombre de un ser querido? Si se está separado de él, recordar su nombre provoca en nosotros el sentimiento de su presencia. Es de muy poco buen gusto criticar a los cristianos el que veneren el nombre de María. En vez de desaprobársela, la Iglesia aceptó en el siglo XVI la institución de una fiesta especial en honor de ese nombre bendito. En eso, se apoyó en una costumbre muy antigua, anterior incluso

al cristianismo. En el Antiguo Testamento es habitual utilizar el nombre para referirse a la propia persona: en los salmos encontramos muchos ejemplos de ello. Nuestro Señor mismo se acomodó a esta costumbre: nos hace decir cuando rezamos al Padre que está en los cielos: «Santificado sea tu nombre». Más tarde, cuando San Pedro proclama que «el nombre de Jesús es el único por el que los hombres pueden salvarse»⁵, es evidente que quiere hablar de la persona del Salvador. Así pues, al honrar el nombre de María, nuestro homenaje se endereza a quien llevaba ese nombre.

La lectura de la Biblia nos lleva a otra consideración. Observamos que los nombres propios de las personas son al mismo tiempo nombres comunes, y con frecuencia sucede que la atribución de un nombre ha sido querida por Dios, como para designar por anticipado el carácter o la función del personaje a quien el nombre se confiere. Así, Eva es la *madre de los creyentes*; Jacob, a quien Dios le cambia el nombre por el de Israel: *más fuerte que Dios*. Al futuro precursor Zacarías deberá ponerle

⁵ Hechos 4, 12.

el nombre de Juan, que significa *Dios ha sido favorable*. A su vez, José recibe la orden de llamar Jesús *al que salvará* a su pueblo de sus pecados. Aparte de estos casos particulares, ordinariamente eran los padres quienes elegían el nombre del hijo y, más de una vez, se observaba con posterioridad que uno de los significados comunes de ese nombre convenía perfectamente a la persona que lo había recibido al nacer.

Si Joaquín y Ana estuvieron de acuerdo para llamar a su hija *Mariam*, nombre muy extendido en su tiempo, fueron felizmente inspirados en su elección. Pero podemos suponer sin temeridad que Dios deseó poner nombre Él mismo a quien iba a ser la madre de su Hijo. Hay autores excelentes que lo afirman expresamente: «Él solo podía poner nombre a su madre —escribe Mons. Gay—. Igual que se nombra auténticamente y en voz alta a los niños en la iglesia cuando, por el Bautismo son engendrados a la vida de la gracia, así también, en aquel instante en que Dios creó el alma de esta virgen, la augusta Trinidad nombró a María, y sin duda la nombró en voz alta ante la asamblea de los ángeles. Dios ya la había nombrado en sí mismo desde la eternidad. Para Él, conce-

bir o nombrar es una misma cosa»⁶. El Padre de la Broise comparte ese parecer: «Tantos ejemplos de la Escritura en los que vemos que el mismo Dios pone nombre a sus servidores no permiten apenas creer que haya dejado al azar o a la voluntad humana la designación del nombre de su madre»⁷.

Este nombre es poco utilizado en la historia antigua de Israel. En su forma más antigua, *Myriam*, sólo designa a la hermana de Moisés. Sería entonces de origen egipcio y significaría *amada de Dios*. En cuanto a la palabra que se pronuncia *Mariam* tanto en arameo como en sirio, encierra varios sentidos. Un sabio jesuita alemán ha recogido pacientemente todas las etimologías de las que se hace derivar: ha contado sesenta y siete. Éstas son las interpretaciones más generalmente admitidas: todas ellas armonizan de maravilla con la misión de la Santísima Virgen.

Un primer significado del *Mariam* arameo es *iluminadora*, o *procedente de lo invisible*.

Mariam evoca también la idea de amargura. Su sentido sería: *amargo*, *mirra*,

⁶ MONS. GAY, *Elevaciones*.

⁷ DE LA BROISE, *La Santísima Virgen*.

o también *gota del mar*. Esta última acepción propuesta por San Jerónimo gozó de inesperada y considerable fortuna, pues *stilla maris* (gota del mar) se transformó en *stella maris* (estrella del mar), ya sea por un error del copista, ya sea por el hecho de que los campesinos romanos pronunciaban a veces la *i* como una *e* (por ejemplo, decían *vea* o *vella* en lugar de *via* o *villa*)⁸. Esta ligera confusión nos ha valido uno de los vocablos más clásicos de la piedad mariana: conocemos el partido que le sacó San Bernardo y fue oficialmente consagrado por el himno *Ave maris stella*.

Por último, un tercer sentido es el de *soberana, princesa, señora*. A éste es al que la tradición cristiana ha mostrado sus preferencias. María es *Nuestra Señora*, igual que Jesús es *Nuestro Señor*.

Estas tres explicaciones del nombre de *Mariam* corresponden a las tres categorías de los misterios del Rosario, poniendo de relieve las tres funciones que Dios ha confiado a María.

En la dulzura de los cinco misterios gozosos, María aparece como la iluminadora de nuestra tierra pecadora. En Ella, el Verbo, luz de los hombres, se encarnó; a

⁸ *Diccionario de la Biblia* (Letouzey).

través de Ella santifica a Juan Bautista; luego, en medio de la noche, la Luz se levanta sobre el mundo; después, María presenta en el Templo al que debe iluminar a todos los pueblos. La primera parte de su papel ha concluido: Jesús debe dedicarse a los asuntos de su Padre.

Pasan los años. Volvemos a encontrar a María, traspasada por la espada del dolor, asociándose al sacrificio de nuestro Redentor. Su dolor no es la gota menos amarga del cáliz que Jesús recibe en Getsemaní y que ofrece en la cruz por la redención de los hombres.

Pero su Hijo *no podía permanecer cautivo de la muerte*⁹. En la Iglesia naciente, que canta la gloria del Resucitado, Nuestra Señora reza con los discípulos, sobre quienes descende el Espíritu Santo. Entonces, devuelve a Dios el Hijo que le había confiado y cuyo triunfo compartirá pronto, Reina del Cielo, donde, a su lado, intercede siempre por nosotros.

AVE MARIA. ¡Que su nombre sea nuestra luz cuando la duda nos envuelva o cuando la tentación nos acose! ¡Que el recuerdo de su compasión en el Calvario alivie nuestros dolores, cuando el sufrimiento

⁹ Hechos 2, 24.

nos amenace con la desesperación! Invoquémosla en nuestras angustias, puesto que es nuestra soberana protectora y, en nuestro caminar diario, elevémonos hacia la *estrella del mar*.

Escuchemos a San Bernardo: «Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de la tribulación, mira a la estrella, llama a María. Si te agitan las olas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María. Si turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la fealdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminas si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si ella te ampara. Así

comprenderás por propia experiencia por qué está escrito: «Y el nombre de la virgen era María»¹⁰.

3. *La Inmaculada Concepción*

GRATIA PLENA. Al saludar a Nuestra Señora, el ángel Gabriel no la llama inmediatamente por su nombre, el nombre que tiene en común con otras mujeres, sino que le da un título que ningún otro ser humano ha recibido nunca, pues no conviene sino a ella sola, «llena de gracia». El verbo que el evangelista emplea aquí sólo aparece una vez más en el Nuevo Testamento, de la pluma de San Pablo, a propósito de la gracia con la que Dios nos ha colmado en la persona de su Hijo bien-amado¹¹.

En el momento en que María recibe ese homenaje, todavía no es madre de Dios. Su plenitud de vida sobrenatural no es, pues, consecuencia de la maternidad divina, sino que la poseía antes de la Encarnación. ¿Desde cuándo? La Iglesia no se pronunció enseguida sobre este tema.

¹⁰ Segunda Homilía sobre el *Missus est*.

¹¹ *Efesios* 1, 6.

Había conservado cuidadosamente el testimonio del ángel y, repitiéndolo durante tiempo y tiempo, iba penetrando cada vez más en su completo significado, guiada en este trabajo por el Espíritu de verdad que siempre la asistirá.

Si, cuando Gabriel se le apareció en Nazaret, la vida divina existía en plenitud en el alma de María, no se puede dudar de que ningún pecado, ni siquiera la más ligera infidelidad, había alterado su santidad desde su más tierna edad. Es llena de gracia al menos desde su nacimiento. *Al menos*, pues Dios no pudo mostrarse menos generoso con ella que con Juan Bautista, que fue santificado en el seno de su madre. ¿Podríamos elevarnos más todavía? Los teólogos vacilaron, ya que *todos los hombres pecaron en Adán* y todos deben ser rescatados por Jesucristo. Es cierto, María tendrá que ser rescatada también, *en previsión de los méritos adquiridos por la muerte de su Hijo*. Debió, pues, ser liberada de la mancha original inmediatamente después de que su alma fue unida a su cuerpo. No obstante, por muy breve que hubiera sido su contacto con el pecado original, bastaba para hacer imposible la plenitud de gracia de la que el ángel se hacía garante.

No queda más que una explicación que concilia las dos afirmaciones de la Escritura. María fue rescatada del pecado en el primer instante de su existencia, en el mismo momento en que fue concebida. El plan de Dios se manifiesta en su luminosa belleza ante los ojos maravillados de la Iglesia. No, María no fue, igual que nosotros, purificada del pecado, sino que fue preservada da él. Nació a la vida de la gracia al mismo tiempo que nacía a la vida de la naturaleza. Fue liberada radicalmente de la influencia del pecado de origen que pesa sobre nosotros. La *plenitud de gracia* supone necesariamente la Inmaculada Concepción.

«Habiendo Dios de formarse una madre —escribe Bossuet—, la perfección de tal obra ni podía ser llevada demasiado lejos ni podía ser comenzada demasiado pronto». El alma de María, salió de sus manos toda pura y toda llena de gracia. Era imposible que fuera rozada por el pecado, que «antes de pertenecer al Señor, María hubiera pertenecido a Satán, que Dios hubiera tenido que perdonarla antes de amarla» (Mons. d'Hulst).

La concepción inmaculada de María, exigida por la Encarnación, no es menos exigida por la Redención en la que iba a

participar. Dios se lo había prometido a nuestros primeros padres en el atardecer de su caída. Dirigiéndose al tentador que saboreaba el fruto e su victoria, le dijo: «Porque has hecho eso, pondré enemistades entre tú y la mujer, entre tu posteridad y su linaje. Te aplastará tu cabeza». La Eva primitiva, a quien Dios, al crearla en estado de santidad, había infundido una vida sobrenatural, tenía que revivir en otra y asumir al lado del nuevo Adán su lugar y su participación en la lucha de la que esta vez Satán saldría vencido. La bula *Ineffabilis*, que define el dogma de la Inmaculada Concepción, lo declara: «Dios había clara y abiertamente mostrado por anticipado al misericordioso redentor del género humano, Jesucristo, su Hijo único, y designado a su bienaventurada madre, la Virgen María, y al mismo tiempo expresó de manera evidente la común enemistad del uno y la otra contra el demonio. Por eso, igual que Cristo, mediador entre Dios y los hombres, se sirvió de la naturaleza humana que había tomado para destruir el decreto de condenación recaído sobre nosotros y fijarlo a la cruz, así también la Santísima Virgen, unida a él estrecha e inseparablemente, fue con él y por él la eterna enemiga de la serpiente venenosa y la

venció plenamente aplastándole la cabeza con su pie virginal». Puesto que la madre del Redentor tenía que cooperar en la obra de nuestra salvación, Dios no podía hacer por la segunda Eva menos de lo que hizo por la primera y no crearla también en estado de inocencia.

AVE, GRATIA PLENA. Estas palabras nos invitan, con toda seguridad, a alabar la infinita bondad que Dios nos manifiesta en la ejecución de sus designios redentores; luego, a admirar a Nuestra Señora, esa obra de arte de su gracia, a arrancarnos de las tristezas de nuestra condición de pecadores, descansando en la contemplación de la pureza de María.

Pero, si bien los dones especiales que la Santísima Virgen recibió correspondientes a su vocación, que no es la nuestra, si bien fue rescatada antes de su nacimiento, a nosotros el Bautismo nos ha devuelto el estado de gracia. Desde ese día hemos sido hechos hijos de Dios, y el Padre nos mira con complacencia. Es limitar demasiado el valor del Bautismo cuando no se ve en él más que una sentencia que borra de nuestra alma el estigma del pecado original; hace descender a ella al mismo tiempo un germen de vida divina, que irá creciendo bajo la acción de la Eucaris-

tía, hasta que se desarrolle del todo en una eterna comunión con Dios en el Cielo. Esa *gracia* santificante es más que una mera presencia, es la vida de Dios en nosotros.

La redención de Cristo había preservado del pecado a María; en nosotros lo borra y lo repara. De la falta original conservamos, sin ninguna duda, en nosotros una inclinación al mal que conocemos, por desgracia, y ante la que hemos cedido demasiado; pero la acción del Cristo vivo en nuestra alma nos comunica, en contrapartida, no ya una inclinación al bien, sino un verdadero impulso hacia el bien: «La carne resiste a los deseos del espíritu, pero el espíritu se opone a los empeños de la carne... Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»¹².

Debemos tener, pues, en muy gran estima nuestro *estado de gracia* y los beneficios que de él podemos obtener. Cuando recitamos el Ave María, pedimos a María, llena de gracia, que nos enseñe la alta dignidad de un cristiano. Que el acordarnos de María inmaculada nos inspire una vigilancia más atenta, no sólo para no perder jamás el estado de gracia, sino para rodearlo de las precauciones que se merece.

¹² Gálatas 5, 17; Romanos 5, 20.

La amistad humana tiene sus exigencias, no se mantiene sino con la condición de no menospreciar sus delicadezas. La amistad divina, lo mismo, y más aún. Miremos con frecuencia a nuestra Madre, tan fiel por completo a la gracia. Aprendamos a imitar su exquisita pureza, que nos hará renunciar a todo lo que podría disminuir nuestra intimidad con Dios, entristecer su presencia en nuestra alma o contrariar su acción en ella.

4. *La Encarnación*

DOMINUS TECUM. Booz empleó esta fórmula para saludar a los segadores cuyo trabajo viene a inspeccionar¹³. Los judíos la utilizaban dándole un sentido de deseo, igual que la Iglesia lo hace frecuentemente en su liturgia: «El Señor esté con vosotros». Pero cuando el mensajero celestial se dirige a María, estas palabras no expresan un deseo, afirman una realidad: «El Señor *está* contigo».

No sólo está con María, sino que, puesto que es la llena de gracia, Dios *mora* en su alma: la inhabitación de la Santísima

¹³ Rut 2, 4.

Trinidad en el alma de los justos es la feliz consecuencia de la vida sobrenatural. Pero, como no se puede imputar al ángel una redundancia inútil, hay que suponer que *Dominus tecum* añade un matiz importante a lo que *gratia plena* daba a entender. El Señor estaba con ella como no estaba con ninguna otra criatura, sin duda en razón de las luces con que había iluminado especialmente la inteligencia de Nuestra Señora, y no menos a causa de la adhesión que ella le tenía como correspondencia. El Señor estaba con ella, le pertenecía, no abandonaba su pensamiento; ella vivía continuamente en su presencia.

El Señor era todo para ella. Desde muy joven se había entregado a su servicio en el Templo, donde meditaba de continuo los textos santos de la Ley y de los profetas. Cuando se quedó huérfana, en la ciudad de Nazaret, donde había encontrado un techo, había consagrado su virginidad a Dios; no quería y no podía vivir más que con el Señor. Así es que, cuando el ángel le dice que es la escogida para ser madre del Salvador tantas veces prometido a Israel y tan ardientemente esperado, una inquietud atraviesa el alma de María que, compartiendo la opinión común, no suponía que el Mesías pudiera nacer más que de

un linaje humano. Habiéndose entregado enteramente al Señor, no duda de que Dios hubiera aceptado su voto, y está igualmente persuadida de que los desig-nios del Cielo se realizarían sin que tuviera que sacrificar su virginidad. Pero *¿cómo se hará eso?* Solicita respetuosamente una explicación de su interlocutor. El ángel admira aún más la delicadeza de Nuestra Señora. Ha llegado el momento de rasgar los últimos velos y de anunciar a María las misteriosas larguezas de Dios, que ha superado sus promesas a fin de salvarnos con mayor seguridad. El Mesías no sólo será un hombre. El Espíritu, dador de vida, obrará ese prodigio. El poder del Altísimo intervendrá. Observemos bien las palabras del ángel: no dice «el hombre que nacerá de ti», sino «el ser que nacerá de ti será el Hijo de Dios», el que posee la vida desde toda la eternidad y que solamente necesita que una criatura humana le dé un cuerpo y lo haga entrar en la línea de nuestra raza. Nada es imposible para Dios.

Gabriel se ha callado. No tiene más que decir. Ha venido para pedirle a María su consentimiento para la Encarnación; espera su respuesta. El porvenir de la humanidad está suspendido de ese minuto,

el más solemne de nuestra historia. Nuestra Señora sería libre de negarse, pero siempre ha querido lo que Dios quiere; no se apartará de la voluntad divina ante la perspectiva inaudita de una función que excede los pensamientos y las fuerzas de una criatura. El Señor está con ella: Él la sostendrá en esa carga aplastante, a la que asiente con una humildad conmovedora. Que Dios disponga de ella hoy como ayer, mañana como hoy: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». El arcángel se retira. Y en ese mismo instante, «sin sacudida, sin ruido, sin el más mínimo estremecimiento de la calma de la noche, Dios, revestido de una naturaleza creada, reposaba con su inmensidad en el seno maternal de María: la voluntad eterna de Dios se realizaba y la creación estaba completa. Muy lejos en el espacio un inmenso júbilo estallaba en medio de las regiones del mundo angélico. Pero la Virgen María no lo oía. Su cabeza se había inclinado hacia su pecho y su alma estaba sumida en un silencio que se asemejaba a la paz de Dios. El Verbo se había hecho carne»¹⁴.

¹⁴ FABER, *Belén*, cap. 2.

DOMINUS TECUM. Durante los nueve meses que transcurrieron después, el Señor estuvo con María con un título único. En vano intentaríamos penetrar los secretos de esa intimidad inexpresable. ¡Qué adoración, alabanza, acciones de gracias, súplicas debió de dirigir en todo momento al Hijo de Dios, de quien ella misma era el tabernáculo vivo, como otro cielo! Esta vida de oración ininterrumpida no la hace abandonar sus deberes de estado: al contrario, la vemos añadir a ella un largo quehacer de caridad con su prima Isabel. Lleva a cabo todas sus tareas, sabe dedicarse a los hombres sin perder la conciencia de esa Presencia divina que lleva en ella. En los momentos en que le es posible dedicarse exclusivamente a la oración, María presenta al Verbo encarnado en su seno el homenaje de toda la humanidad. Ella sola es ya toda la Iglesia, una Iglesia perfectamente santa. Al mismo tiempo prepara la Iglesia que ha de venir, que es el cuerpo místico de su Hijo: «María, que concibe a la cabeza para dársela a los miembros, concibe con ella a todo el cuerpo místico contenido en su energía vital; Cristo, hijo de su carne virginal, reposa en su seno, y ya los hermanos de Cristo, de quienes ella es

madre en espíritu, descansan también en su amor»¹⁵.

Es, pues, realmente nuestra madre mucho antes de que Jesús la declare así oficialmente desde la cruz. Más aún, no esperará las horas oscuras del Calvario para cooperar en nuestra redención, pues, desde el primer momento de la Encarnación, el Verbo de Dios empieza la obra de nuestra salvación; se ofrece inmediatamente en sacrificio a su Padre para liberar a los pecadores, pero lo hace en María, lo hace necesariamente *con* ella y *por* ella, puesto que la vida del hijo, aunque distinta de la de la madre, no puede ser independiente de ella. María es verdaderamente inseparable de Jesús.

DOMINUS TECUM. Después de esto no se puede reprochar a la devoción hacia la Santísima Virgen de desviar nuestra piedad de su Hijo, cuando, por el contrario, es imposible pensar en María sin adorar al Señor que siempre estuvo con ella. Nos dirigimos a María y continuamente ella nos muestra a Jesús. Le decimos: «El Señor es contigo», y ella nos responde: «¡Que el Señor esté contigo!». Los numerosos *Domi-*

¹⁵ DE LA BROISE.

nus vobiscum de la liturgia no tienen más finalidad que la de situar a nuestros espíritus, tan fácilmente distraídos, en presencia de Dios. Nuestra Señora nos ofrece un ejemplo que la recitación del Avemaría nos ayudará a imitar.

«El mundo está muy lleno de Dios, y yo no lo pensaba», escribió Santa Ángela. Dios está en todas partes y muy particularmente en el alma del cristiano en estado de gracia. Pongámonos en la presencia de Dios, no sólo al comenzar cualquier oración, sino con frecuencia a lo largo del día, con el fin de vivir en su cercanía y bajo su mirada, con el fin de percibir sus inspiraciones y conocer sus deseos, con el fin de mostrarle nuestra fiel adhesión. Si tenemos la sensación de su presencia a nuestro alrededor y en nosotros, nos será fácil resistir las tentaciones, nos negaremos a cometer un pecado, sabremos siempre cuál es nuestro deber y seremos felices cumpliéndolo. Nuestra intimidad con Jesús será más estrecha y nos conformaremos con mayor exactitud a sus ejemplos y a sus preceptos. Aprenderemos a «hacer las cosas pequeñas como si fueran grandes, a causa de la majestad de Jesucristo, que las hace en nosotros y que vive nuestra vida; y las grandes como si fueran pe-

queñas y fáciles, a causa de su omnipotencia».

5. La primacía de María

BENEDICTA TU IN MULIERIBUS. Nuestra Señora se guardó mucho de pregonar la elección divina de la que había sido objeto, pues «es bueno mantener oculto el secreto del Rey». No obstante, sin divulgar la fuente de donde se había enterado de la próxima maternidad de su pariente Isabel, se apresuró a ir a su lado con la esperanza de aliviar sus trabajos con los servicios que ella pudiera prestarle. Pues María es toda caridad.

En un pueblecito de las regiones montañosas de Judea, Isabel espera el hijo que su ancianidad ya no le permitía esperar, meditando las espléndidas promesas que el ángel había hecho acerca de él y que Zacarías, que se había quedado mudo de repente, le había comunicado por escrito. Y Gabriel había dicho de ese hijo predestinado: «Será lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre». Esta particularidad inquietaba a Isabel. ¿Qué señal extraordinaria, qué ángel quizá le daría la seguridad de que esa gracia excepcional se había rea-

lizado? Y, en el momento mismo en que se entera de la visita inesperada de María, sale a su encuentro y oye las palabras de saludo que le dirige la joven viajera, un estremecimiento interior la advierte del milagro. A la voz de María se obró el prodigio. Isabel, a su vez, es llena del Espíritu Santo; descubre que su hijo acaba de ser santificado por la presencia del Quien vive en María y actúa por medio de su madre; no puede contener su alegría y exclama en voz alta: «Bendita eres entre todas las mujeres; bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene el honor de que la madre de mi Señor venga a mí? Sí, bendita eres porque has creído que lo que el Señor te ha anunciado se cumpliría».

Puesto que el Señor ha hecho directamente a su prima partícipe de la confianza de lo que prepara, Nuestra Señora puede salir de su silencio, para glorificar al Señor, que se ha dignado poner sus ojos en su humildad y realizar en ella cosas tan grandes. «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones».

BENDITA ENTRE TODAS LAS MUJERES. Las primeras palabras del Avemaría, al recordar la vocación y la misión de María, nos advierten de lo que ella es en sí misma y ante la mirada de Dios. Vemos lo que

ella es con respecto a nosotros: la primera entre todas las criaturas humanas. Muy por encima de nosotros mientras haya hombres en la tierra y, al mismo tiempo, a causa de su condición única, la que en todas nuestras situaciones será nuestro modelo.

El himno *Ave maris stella* le dedica un epíteto que es expresión feliz del carácter único y universal de María: *Virgo singularis*, Virgen sin igual, Virgen de una manera que es exclusivamente suya. La providencia de Dios la ha hecho pasar por estados diferentes, contradictorios en quien no sea ella, pues, si conoció sucesivamente el celibato, la maternidad y la viudez, fue simultáneamente virgen, esposa y madre. Su caso es «singular» y ella es para todos un ejemplo. En todas las etapas de su vida, en las funciones diversas que tuvo que realizar, lo que en ella domina es su virginidad. Quienesquiera que seamos los que hablamos de ella, el niño, el anciano, el padre o la esposa, el sacerdote o la religiosa, ya la contemplemos en Nazaret, en Belén, en el Calvario o en el Cenáculo, siempre la llamamos la Santísima Virgen.

La virginidad común excluye la maternidad; la virginidad de María es la condición misma de su maternidad. El Verbo

encarnado sólo podía nacer de una virgen. María debía ser para él un santuario reservado e inviolable. *Post partum Virgo inviolata permansisti.*

Cualquiera que abraza el estado de virginidad hace a Dios una donación total, que implica sin duda una renuncia a alegrías permitidas a otros, pero también lo libera de las inquietudes, de las preocupaciones, de las cargas, de los sacrificios meritorios de la maternidad. María ha reunido en ella los méritos de la virgen y los de la madre. Se consagró exclusivamente a Dios, sin jamás volver atrás y conoció en el más alto grado el orgullo y las alegrías, las inquietudes y los sufrimientos de la maternidad. Fue plenamente virgen y plenamente madre.

También plenamente esposa. Nuestra Señora amó a San José con toda la ternura de un amor virginal, con todo el frescor de una novia casta, y recibió de él un afecto cuyo respeto y cuya delicadeza no excluían en ningún modo la más profunda dedicación. «No pocos católicos, y no de los menos piadosos y de los menos instruidos —escribe Bainvel—, quizá no dejan suficiente hueco al lugar que ocupa San José en la vida íntima de María. Se diría que tienen miedo de quitar algo a la virginidad

de la esposa si consideran la realidad del matrimonio y de su mutuo amor. Es comprender mal el corazón virginal de los dos esposos que Dios había preparado el uno para el otro y que había unido tan estrechamente. La más pura tradición cristiana, la propia Iglesia no tienen esos escrúpulos; San Agustín, por ejemplo, insistía tanto más en la realidad de ese matrimonio y en ese mutuo amor cuanto con mayor empeño reivindicaba para ellos el carácter virginal; le gustaba mostrar en María, siguiendo la intención divina, no menos como modelo de esposas que como modelo de las vírgenes y de las madres»¹⁶.

¿Cómo María fue perfectamente virgen al mismo tiempo que fue perfecta madre y esposa? Su título de *Virgen singular* contiene en esto una lección universal. Nuestros afectos humanos están con demasiada frecuencia alterados por el egoísmo que introducimos en ellos de una manera más o menos inconsciente. La madre que se ama a sí misma en sus hijos, la esposa que se ama en su marido, no los ama perfectamente. María, entregada por entero a Dios, ahogó en ella todo trazo de egoísmo. Ama sin buscarse a sí misma, sin pedir

¹⁶ J. V. BAINVEL, *El Santísimo Corazón de María*.

nada, sin esperar nada. De la misma manera, mientras más castos sean nuestros afectos, más sólidos, tiernos y generosos serán. Pidamos a Nuestra Señora que nos ayude a purificar nuestros corazones con el fin de hacerlos más amantes.

Y para que María fuese al pie de la letra la primera entre todas las mujeres, Dios quiso que José muriera antes de la predicación del Salvador y que después de la Ascensión de Jesús a los cielos su santa Madre permaneciese todavía algunos años en la tierra, en la más completa soledad. Entonces, lejos de caer en el abatimiento, vivió en un recuerdo siempre vivo de quienes la habían abandonado, y el tiempo que no dedicaba a la contemplación de Dios lo empleaba, en medio de los primeros jefes de la Iglesia, a instruirlos y convertirlos. Educaba a los discípulos después de haber educado al Maestro; les informaba de los acontecimientos de la infancia de Jesús y de la grata intimidad de Nazaret. Les recordaba a su Hijo, se lo hacía conocer más, les enseñaba a amarlo mejor.

Virgen, esposa, madre, viuda, María es el modelo más completo para todas las mujeres.

No es menos digno de ser señalado el hecho de que las palabras de Isabel no en-

contraron ninguna oposición por parte de Nuestra Señora. Su pariente declara que es bendita entre todas las mujeres; María no la contradice. Sencillamente proclama que *todas las generaciones la llamarán bienaventurada*. Lo puede decir sin faltar a la humildad, pues no es ella la que se coloca por encima de todas las demás; sólo reconoce que Dios le ha atribuido ese lugar eminente y ella acepta la voluntad de Dios. «Incomparable mezcla de humildad y de triunfo, de exaltación y de paz. María es humilde hasta el punto de que su humildad se confunde, por así decir, con su misma persona; ella está anonadada, y Dios puede triunfar solo... El conjunto de la salvación puede verse en el relámpago de alegría que brotó de sus dulces ojos. Ella misma lo ve. Profeta, atisba el futuro y se ve en él triunfante, deslumbrante, impersonal en razón de su maternidad inefable, mientras la procesión de las edades desfila ante su delicada majestad»¹⁷.

Dos mil años nos separan del día en que María pronunciaba tranquilamente esta profecía que parecía desafiar lo verosímil. En la piedad de los fieles ella ocupa un lugar único. En todos los países cristia-

17 A. D. SERTILLANGES, *Mes de María*.

nos, tanto los más modestos santuarios como las más suntuosas catedrales publican su gloria incomparable. Está asociada a todos los sentimientos del corazón humano: Nuestra Señora de los Dolores y Nuestra Señora de la Piedad; Nuestra Señora de los Gozos y Nuestra Señora de la Esperanza. Su nombre está ligado a todos los acontecimientos de la historia: Nuestra Señora del Buen Encuentro y Nuestra Señora de la Buena Nueva; Nuestra Señora de las Victorias y Nuestra Señora de la Paz. El pueblo cristiano le da gracias por su continua protección: Nuestra Señora de la Guardia y Nuestra Señora del Socorro. María es bendecida, alabada, querida por todos los discípulos de Jesús de generación en generación. Ojalá que cada una de nuestras Avemarías añadan nuestra modesta contribución a ese homenaje de una admiración y de una gratitud universales.

6. Hijo de María

BENEDICTUS FRUCTUS VENTRIS TUI JESUS. Bendito sea Jesús, que María, su madre, nos ha dado. Bendito sea Jesús, que nos ha dado a María por madre.

Estamos en el centro de nuestra oración, ante nuestro Salvador —pues «Jesús» quiere decir *Salvador*—, y no podemos alabarle mejor que saludando en Él al *hijo de María*. Así lo llama San Marcos, y San Juan nos dice que, cuando él nos representaba en el Calvario, también recibió ese mismo título. Jesús, en la cruz, le dijo a Nuestra Señora: *He ahí a tu hijo* y al apóstol: *He ahí a tu madre*. El Salvador, hijo de María. María, madre de todos los que son salvados. ¿Cómo no contemplar sin emoción esas maravillas de nuestra historia divina?

JESÚS, HIJO DE MARÍA. Ciertamente Dios tenía cientos de medios para perdonar al hombre pecador; escogió el que manifestaría de la manera más indiscutible la rehabilitación del culpable. Quiso, pues, que un hombre realizara la recuperación de sus semejantes, a fin de que todos tuviesen la certeza de ser verdaderamente rescatados; pero era preciso que el sacrificio de expiación y de amor llevado a cabo por el Redentor tuviese un valor infinito, y eso superaba evidentemente el poder de un hombre. Por eso Dios, con el fin de salvarnos, decidió unirse a una naturaleza humana. Sin duda preparó con todo su amor

a la que iba a ser su madre; tuvo necesidad de María para venir a salvarnos.

Bendito sea Jesús, el hijo de María, «a quien su joven madre deposita en un estrecho pesebre, después de haber envuelto en pañales los miembros del infante que gime débilmente». Bendito sea Jesús, el hijo de María, «que se alimenta con unos pocos sorbos de leche, él que proporciona el alimento hasta a la más pequeña ave». Bendito sea Jesús, el hijo que María presenta en Templo para ofrecerlo a Dios y que ya entonces entrega a los hombres en los brazos del anciano Simeón, el cual ya no tiene nada más que esperar de la tierra. Bendito sea el pequeño refugiado, que aprende a dar sus primeros pasos en las orillas del Nilo, sostenido por María, orgullosa de oír las primeras sílabas que balbucea. Bendito sea el apuesto adolescente de doce años, de mirada tierna y grave, que, al entrar por primera vez en *la casa de su Padre*, olvidó de repente a sus padres y a sus parientes para no pensar más que en la misión que tiene que cumplir. José y María, desgarrados de dolor, lo encuentran al tercer día. Jesús reacciona. Su hora no ha llegado aún. Apoya su cabeza en el corazón de su madre y vuelve con ella al

pueblo. No lo repetirá, le obedecerá siempre.

¡María, que tan bien has cuidado de nuestro Salvador!, ha llegado el momento en que tendréis que abandonárnoslo. Pero eso no será hasta que, siguiendo vuestra petición, haya realizado su primer milagro. Bendito sea Jesús, el profeta que habla como nadie ha hablado jamás, que sana a los enfermos, que perdona a los pecadores. Manda al viento y al mar, arroja a los demonios, devuelve la vida a los muertos. ¿Dónde estás durante ese tiempo, Madre humildísima? ¿Recluida en tu casita tan vacía? No, invisible, pero cerca de Él. Una mujer entre la muchedumbre pensó en ti: «Dichosos el vientre que te llevó yo los pechos que te amamantaron». Y Jesús responde que todos sus discípulos podrán compartir la dicha de su madre si, igual que ella, escuchan y observan la palabra de Dios. Ya había dicho: «Quien hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano y mi madre».

Ha llegado la hora del holocausto. Vuelve, Madre admirable, ya nadie te quita tu sitio: las multitudes no corren tras Jesús, sus amigos más queridos se han dispersado. Nuestra Señora no ha venido a cerrar los ojos de su Hijo, sabe que revi-

virá al tercer día. Permanece al pie de la cruz para ofrecer, en remisión de nuestros pecados, al Hijo del que aceptó ser madre con vistas a esta inmolación. Víctima con Él, ratifica su voluntad de morir, a fin de que por Él los hombres renazcan a una vida nueva.

Dios es el único autor de esa vida sobrenatural que nos hace hijos de Dios ya ahora y que nos valdrá el Cielo eternamente, y nos la comunica por Jesucristo, que nos la ha merecido. Pero el Hijo de Dios nos ha conferido esa vida divina porque se hizo hombre; nos la da a cambio de la vida humana que había recibido de María. Nuestra Señora es, por lo tanto, el instrumento secundario, pero indispensable de nuestra filiación divina. El Verbo se encarnó, María fue la madre de Jesús, para darnos la vida sobrenatural. María, nuestra hermana en el rescate, puesto que ella fue rescatada en el momento de su concepción, es nuestra madre en la redención. No podemos olvidar esto ni en el sacrificio del Calvario ni en el sacrificio eucarístico. Volvamos a leer el saludo litúrgico a Cristo presente en el Santísimo Sacramento, *Ave verum*: «Te saludo, verdadero cuerpo de Cristo, nacido de la Virgen María». Y esta

oración termina con las palabras: «¡Oh, Jesús, hijo de María!».

Igual que María nos ha dado a Jesús para que pueda rescatarnos, nuestro Redentor confía su santa madre a nuestro amor, después de habernos confiado a los cuidados de su corazón maternal.

A ella se dirigió el divino Crucificado: «He ahí a tu hijo», le dice, señalando al *único fiel que representa a todos los fieles*. «¿De dónde viene —escribe Bossuet— que nuestro Salvador haya querido esperar esa última hora para darnos a María como hijos suyos? Ésta es la razón verdadera: quiere darle para nosotros entrañas y corazón de madre... El Señor Jesús, que quería que su madre fuese también madre nuestra, a fin de ser del todo nuestro hermano, considerando desde lo alto de la cruz cuán enternecida estaba el alma de María, como si la hubiera estado esperando así, aprovechó para decirle, señalando a San Juan: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Éstas fueron sus palabras, y éste es su sentido: Mujer afligida, a quien un amor infortunado le hace experimentar ahora hasta dónde puede llegar la ternura y la compasión de una madre, ese mismo afecto maternal que tan a lo vivo sientes por mí siéntelo por Juan, mi discípulo y mi ama-

do; siéntelo por todos los fieles que te encomiendo en su persona, porque todos son mis discípulos y mis amados. Éstas fueron las palabras que imprimieron en el corazón de María una ternura de madre para todos los fieles como verdaderos hijos suyos. ¿Acaso hay algo más eficaz para el corazón de la Santísima Virgen que las palabras de Jesús moribundo?»¹⁸.

María acoge en el acto a sus nuevos hijos. Pero quienes van a ocupar el sitio de Jesús son pecadores. El hombre-Dios (*homo Deus*) es sustituido por el hombre culpable (*homo reus*). «¡Qué cambio! —exclama San Bernardo—, Juan nos es dado en el lugar de Jesús, el servidor en el lugar del Señor, el discípulo en el lugar del Maestro, un hombre en el lugar del verdadero Dios. Con estas palabras, ¿cómo tu alma tan amante podría no ser traspasada, cuando sólo su recuerdo desgarrar nuestros corazones, aunque sean de piedra y de bronce?». Para dar a luz a Jesús, María no conoció sufrimiento; para ser nuestra madre tuvo que padecer en el Calvario las horas dolorosas de un trabajo sin respiro. Pero lejos de reprocharnos el haber dado muer-

¹⁸ BOSSUET, *Segundo Sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen*.

te a su Hijo, nos ama, puesto que también somos hijos suyos.

«Hijos de María, bendigamos a Jesús, que nos ha otorgado el derecho de compartir ese título con Él. *Homo Deus, Homo Reus, ambo nati ex virgine*. Bendigamos a su Santa Madre, que es realmente la nuestra. Jesús, María, nunca os amaremos bastante.»

7. *María, modelo de santidad*

SANCTA MARIA. El saludo propiamente dicho había terminado; estaba formado por palabras venidas del cielo. Ahora le toca a la tierra invocar a María, y empezamos por reconocer su santidad.

A decir verdad, toda la primera parte del Ave María nos da a conocer hasta qué punto Dios la ha santificado, la ha puesto aparte, la ha llenado de gracia. Un alma es santa en la medida en que participa en la vida de Dios. Pero Nuestra Señora, en correspondencia con los dones divinos que recibía, aumentaba personalmente la gracia en su alma: desde este punto de vista, se puede decir de ella, igual que todos los justos, que se santificó. Nadie podría, sin embargo, valorar el grado de santidad al

que llegó. Nos quedaremos deslumbrados cuando la veamos en el Cielo.

SANCTA MARIA. ¿Intentaremos, al confesar su santidad, pasar revista a las virtudes de Nuestra Señora? Sería tanto como enumerar todas las virtudes, pues las practicó todas a la perfección, salvo la virtud de la penitencia, que en ella no habría tenido ningún objeto. Podemos, una tras otra, admirar su fe, su confianza y su caridad, su humildad y su obediencia, su paciencia y su valor, su pureza y su mansedumbre, su celo y su prudencia. Cada virtud brilla en ella con su esplendor particular, sin que ninguna domine y disminuya a las demás. Si buscamos, no ya la virtud que resumiría todas sus cualidades, sino la que las reúne en una armonía perfecta, creo que sería la sencillez. ¿No es la sencillez la última palabra de la perfección? Y es al mismo tiempo el único camino que conduce directamente a la santidad; al menos nos introducirá en la imitación de las virtudes de nuestra Santísima Madre.

Jesús insiste con frecuencia ante sus discípulos sobre esta condición de la santidad: «Que vuestra mirada sea sencilla. Que vuestro hablar sea sencillo: sí, sí; no, no. Sed sencillos como las palomas». Una conciencia recta, una palabra franca, una

conducta sin recovecos. Y si necesitamos un ejemplo: «Sed sencillos como los niños». Esta disposición fue eminentemente la de la Santísima Virgen.

La santidad no constituye un estado aparte, igual que no supone un estilo de vida que nos singularice. Es ley común. Dios quiere que nos hagamos santos en el lugar en el que nos ha colocado, en la condición y el género de vida que son los nuestros. María llevó la vida ordinaria de las familias de los artesanos, compuesta cada día por las mismas obligaciones todas igualmente sencillas. No escogió su género de vida: Dios lo escogió para ella y ella ratificó la elección de Dios. Tomemos nosotros también la vida tal como Dios la ha querido para nosotros, con su sucesión de deberes que son los escalones por los que Dios nos hace subir las etapas de la santidad. «Dios está en todas partes, incluso en la danza», escribía Mons. d'Hulst. «Dios está aquí en todas partes —decía una santa carmelita—, incluso en el lavadero.» En la danza, en el lavadero, en todas partes podemos unirnos con Dios multiplicando los actos de fe, de obediencia y de renuncia. «En las ocupaciones insignificantes, tengamos una caridad infinita», escribe Bossuet.

Los buenos servidores a quienes Jesús alaba en la parábola no han realizado proezas; fueron fieles en las cosas pequeñas. Ésta es nuestra parte casi siempre. La santidad no consiste en hacer de vez en cuando grandes cosas, sino en hacer siempre a lo grande las cosas pequeñas. Entre los acontecimientos prodigiosos de la Anunciación y del Calvario, María no tuvo más que humildes actos que cumplir; siempre los cumplía de inmediato, por entero, es decir, a la perfección. No vemos en ella ni repugnancia ni precipitación, ni falsa modestia ni ambición desplazada. Acepta con sencillez la misión temible que el ángel le propone. Unos meses después, desconcertado por la situación de María, José piensa en romper los esponsales: Nuestra Señora no cree que ella sea quien tiene que informarle, tampoco cree que deba defenderse, se pone sencillamente en manos de Dios. Hacer como mejor sepamos la tarea que nos incumbe, aceptar sin inquietud lo que nos impongan los acontecimientos, estar dispuestos a todo y llevar bien a cabo lo que estamos haciendo en el momento presente: ésta es, en una vida sencilla, la virtud sencilla. Sencillez no es simplificación, en el sentido de que nos desembarazaríamos de algo que nos cues-

ta. La sencillez es una gran virtud, que requiere una indomable fortaleza de alma y supone una paz interior inalterable.

Nuestra Señora nos enseña el secreto de esa ecuanimidad y de ese sosiego de carácter: está fija en la intención de agradar a Dios y en un pleno abandono a su voluntad. El corazón sencillo está siempre ocupado en Dios, tiende por entero y únicamente hacia Dios. Dios, objeto de sus pensamientos y de sus deseos, inspira sus juicios, regula sus pasiones, dirige sus actos. A la rectitud de intención la virtud de la sencillez une una confianza filial y alegre en los designios providenciales: nos hace así apartar todo lo que complica nuestra vida, los brotes del amor propio, las preocupaciones inútiles y los miedos ociosos.

La virtud de la sencillez se expresa con una sola palabra, el *fiat* de la Santísima Virgen, que no es más que un *sí* valiente y fervoroso a todas las voluntades de Dios. Obedecer con sencillez, actuar con sencillez, soportar con sencillez, nos lleva con seguridad a la santidad. En la escuela de María, la santificación es muy sencilla. Esto no significa que sea fácil; pero continuemos nuestra oración: nuestra madre nos ayudará, pues es la madre de Dios.

8. *La maternidad divina de María*

MATER DEI. Ahora no es solamente la voz de los fieles la que oímos, sino la de la Iglesia, infalible en su enseñanza, que proclama un dogma de fe. Con ella repetimos jubilosos esas dos palabras que nos muestran la gloria de María, al menos en lo que nuestra debilidad es capaz de medir su inmensidad.

MATER DEI. La razón humana desfallece ante el implacable rigor de ese título. No obstante, la revelación cristiana se niega a atenuarlo: por el contrario, insiste, no para desafiar a nuestro espíritu, sino para fortalecerlo en la verdadera creencia. María es *Deipara*, nos dice, su título no es una metáfora; María ha engendrado verdaderamente a Dios. *Tu quae genuisti, natura mirante, tuum sanctum Genitorem*. Desde luego, la naturaleza tiene de qué asombrarse; pero los hechos están ahí: María engendró a Aquel que fue su Creador. «Se ha formado en ti Aquel que te ha formado», escribía San Agustín. La fe cristiana no ha cambiado en este punto desde sus orígenes. Para San Pablo, «Cristo, nacido de mujer, salido de los patriarcas según la carne, está por encima de todo, Dios bendito por todos los siglos». Para San Ireneo,

«el mismo que nació de Dios Padre, y no otro, nació de la Virgen». Igualmente Tertuliano: «quien nació de ella en la carne es el mismo Dios». «El Eterno vino en una virgen», dice San Ambrosio, y San Juan Crisóstomo: «María contuvo sin limitarlo al sol de justicia; el Eterno nació». Mucho antes que el concilio de Éfeso, en 431, definiera contra Nestorio la maternidad divina de María, este artículo de fe era ya enseñado en toda la Iglesia.

Por lo demás, hay que hacer notar que los Padres fueron llevados a precisar este título glorioso para defender la divinidad de Jesucristo, de manera que, como decía el cardenal Newman, «La Virgen María es la guardiana de la Encarnación». En efecto, si María sólo hubiera sido madre de un hombre, al que el Verbo de Dios se unió a continuación, se destruiría el dogma cristiano, pues en esa hipótesis Jesucristo sería un hombre divinizado, un hombre hecho Dios. Pero *es Dios hecho hombre*; así pues, desde el comienzo de su existencia terrestre ya es Dios. Es al Hijo de Dios a quien Nuestra Señora dio un revestimiento corporal. El Verbo divino es el hijo de María tan realmente como cada uno de nosotros es hijo de su propia madre. «Igual que en la tierra María era personal-

mente la guardiana de su divino hijo, que lo llevó en su seno, que lo estrechó entre sus brazos, que lo alimentó con su leche, así también actualmente y hasta la última hora de la Iglesia, su gloria y los honores que le son rendidos proclaman y definen la fe que debemos tener en su hijo, considerado como Dios y como hombre. Todas las iglesias consagradas a la Virgen, todos los altares puestos bajo su invocación, todas las imágenes que la representan, todas las letanías en su honor, todas las Avemarías que se pronuncian en conmemoración de la del arcángel, tienen por fin recordarnos que hubo un Dios que, aunque bienaventurado desde toda la eternidad, no rehusó descender al seno de una virgen. Ella es la *Turris davidica*, como la llama la Iglesia, la Torre de David. Es la muralla sólida y alta del rey del verdadero Israel; por eso la Iglesia le atribuye en una antífona el honor de haber destruido, ella sola, todas las herejías del mundo entero»¹⁹.

La Iglesia nos enseña además que María *mereció* esa dignidad infinita. Leemos en la oración que sigue a la Salve: «Dios todopoderoso, que preparaste, con la coo-

¹⁹ NEWMAN, *Conferencias a los protestantes y a los católicos*, Conferencia 17.

peración del Espíritu Santo, el cuerpo y el alma de la gloriosa Virgen María, para que *mereciera* ser digna *morada* de tu Hijo». En verdad, no se trata de un derecho a una función inaccesible a cualquier criatura, sino que, dado que Dios se dignaba conceder ese favor a una de sus criaturas, ese honor recaía justamente en María, que se mostró infinitamente más digna que cualquier otra. Porque Nuestra Señora no cesó de corresponder perfectamente a todas las insinuaciones divinas, crecía continuamente en gracia, se elevaba de virtud en virtud: su santidad, que asombró al ángel Gabriel, le mereció ser Madre de Dios. La maternidad divina fue la recompensa de su fidelidad a la gracia; en este sentido, *mereció* esa gloria.

Tanta bondad por parte de Dios, tanta generosidad por parte de su humilde servidora, no podían desaparecer de repente. Si el mundo ha poseído esa obra de arte de belleza, de santidad y de grandeza, no podía perderla pretendiendo conservarla. La tierra no podía encerrar y condenar a la corrupción el cuerpo virginal del que el Verbo obtuvo su carne y su sangre. La Madre de Dios no podía más que ser elevada directamente al Cielo después de su paso entre nosotros. «El pecado original no

existía en ella, no pudo alterar su cuerpo ni descomponerlo por el debilitamiento de los sentidos, por el agotamiento de sus fuerzas, por el empobrecimiento de su sangre. María murió, pero su muerte sólo fue un simple hecho y no un efecto y, una vez cumplido, dejó de ser. Murió a fin de vivir para siempre; murió por mera forma y únicamente con el fin de pagar su deuda a la naturaleza, como se dice; para ella fue una ceremonia como el bautismo o la confirmación; murió no por ella misma o causa del pecado, sino para someterse a su condición, para glorificar a Dios, para hacer lo que hacía su Hijo; pero no murió como su Hijo, en medio de sufrimientos y por un fin particular; no murió con la muerte de los mártires, pues su martirio precedió a su fin, su muerte no fue una expiación, pues la criatura no podía darla; la expiación fue ofrecida por quien podía ofrecerla, y la había ofrecido por todos los hombres; murió, pues, para concluir su carrera y para recibir la corona»²⁰.

La Madre de Dios, rescatada antes que nosotros, resucitó antes que nosotros. Su Hijo la atrajo suavemente a su trono eterno, donde está sentado a la derecha del

²⁰ NEWMAN, *Ibidem*, Conferencia 18.

Padre, y la coronó en presencia de los ángeles y de los santos que la aclaman como reina. Reina de los ángeles. Reina de todos los santos. Reina del Cielo, la Madre de Dios está al lado de Jesús, contemplando y alabando a la Santísima Trinidad, e intercediendo por la humanidad rescatada de la cual también en el Cielo sigue siendo la madre.

MATER DEI. A partir de estas dos palabras, la recitación del Avemaría nos sitúa ante nuevos horizontes; nuestro pensamiento ya no está en los acontecimientos de la vida terrestre de Nuestra Señora, ni en los ejemplos que su santidad nos propone; debemos mirarla en el Cielo para seguir bendiciéndola, y alegrarnos de su bienaventuranza, y no menos para recurrir a su protección maternal, pues la Madre de Dios no olvida nuestra tierra. Más que los ángeles, si está viendo el rostro del Padre de los Cielos, vela sobre sus hijos que su Hijo le confió para siempre. *Ora pro nobis, sancta Dei Genetrix*, ruega por nosotros santa Madre de Dios.

9. *La intercesión de María*

ORA PRO NOBIS. Pedimos a nuestra Madre que ruegue en nuestro nombre y en nuestro favor. ¿Pensamos bien lo que tiene que ser la oración de María en el Cielo? Podemos hacernos una idea recordando lo que fue su oración en la tierra. Y además, ¿no estará Dios tanto más dispuesto a escuchar la mediación de su santísima madre, cuanto que nos esforzamos en rezar como ella?

La primera oración que el Evangelio ha recogido de labios de la Santísima Virgen es el *fiat* del día de la Anunciación, el *sí* pleno con el que responde a la orden divina. Nuestro Señor introdujo ese *fiat* en el Padrenuestro antes de articularlo él mismo en su dolorosa súplica de Getsemaní. Rezar con María es ante todo abandonarnos en Dios, entregarnos a Él, presentarle nuestra pobre nada para que la llene de su ser. Es un acto de adoración sincera, si nuestra oración, que nos ha permitido elevarnos hasta los pensamientos de Dios, concluye en un acuerdo efectivo de nuestra voluntad con la suya.

Los libros santos no tenían por qué informarnos de lo que fue la oración continua de María durante los nueve meses de

la espera. La unión que entonces reinaba entre el Señor y su humilde sirvienta sobrepasa nuestra experiencia, si no nuestro entendimiento. Aprendamos por lo menos a rezar, igual que María, en profundo recogimiento y a conversar con frecuencia con el «dulce huésped de nuestra alma».

Aunque llegada a los más altos grados de oración, Nuestra Señora no descuidaba no obstante ejercitarse en la contemplación activa, que es lo más común de las almas que rezan. Igual que nosotros, ella también meditaba los misterios de la religión, los hechos y los dichos del Evangelio. San Lucas nos lo señala expresamente: después de la adoración de los pastores, igual que después del hallazgo de Jesús en el Templo, dice en los mismos términos: «María conservaba todas estas cosas en su corazón y las meditaba». Ella era la primera en meditar los misterios del Rosario. Siguiendo su ejemplo, seamos fieles a la oración mental.

También debemos al tercer evangelio conocer el texto del *Magnificat*, que nos ofrece un atisbo de lo que eran las acciones de gracias de la Santísima Virgen. Alimentada con las Escrituras, extrae libremente de ellas las expresiones de los sentimientos que embargan su corazón.

Lo mismo que reza espontáneamente en la alegría, reza sencillamente cuando está apenada. Fue una manera muy directa y muy humilde al mismo tiempo la de quejarse a Jesús del incomprensible sufrimiento que la había hecho pasar: «Hijo mío, ¿por qué has hecho esto con nosotros?». Al pie de la cruz su dolor permanece mudo, no quiere desaprovechar ni un sollozo, para sumergirse entera en el abismo de tormentos padecidos por Jesús. María preludia así la oración del sacerdocio, ofreciendo al Padre el sacrificio de su Hijo, víctima con Él, sacerdote con Él. Y también es el modelo de la participación que en la Misa nosotros podemos aportar al sacrificio de Jesucristo.

A San Juan le correspondía cantar con ella el primer aleluya pascual. *Gaude et laetare, Virgo Maria, alleluia!* Adivinamos toda la serenidad de su alegría. Luego, recordando la inefable visita del Espíritu Santo que la hizo Madre de Dios, Nuestra Señora se unió a los discípulos para suplicar a ese mismo Espíritu que descendiera pronto sobre los apóstoles y que formara en ellos el cuerpo místico de Cristo. También a San Lucas le debemos conocer esa oración ferviente y colectiva de toda la primitiva Iglesia. «Todos juntos, con perseve-

rancia y con un mismo corazón, se entregaban a la oración con María, madre de Jesús».

En el Cielo, Nuestra Señora continúa su oración de la tierra. En la visión beatífica contempla a la Santísima Trinidad y le ofrece sus alabanzas, su adoración, sus acciones de gracias sin fin. Y al mismo tiempo no cesa de repasar en su corazón la maravillosa historia de la Encarnación en la que tomó una parte tan grande —la mejor parte— y su pensamiento no abandona a los hijos de los hombres que Jesús dejó a su cuidado; intercede por ellos presentando a la majestad de Dios los sufrimientos redentores del Hijo bendito que ella acompañó al Calvario. Ella ruega por nosotros.

Por eso los fieles devotos de María nunca omiten que todas sus oraciones pasen por su mediación, para que ella las presente a su divino Hijo. ¿Quién no ve el valor que adquieren nuestras adoraciones y nuestras acciones de gracias, si Dios las recibe a través de la fe y del amor de su Santísima Madre? ¿Podemos dudar de ser escuchados cuando, renunciando a solicitar sus favores por nosotros mismos, confiamos a Nuestra Señora el cuidado de dirigirle nuestras súplicas y de que interceda por nosotros?

RUEGA POR NOSOTROS. Los teólogos católicos están de acuerdo en atribuir a la Santísima Virgen la *omnipotencia de intercesión*. El Evangelio nos ha conservado un ejemplo de su intervención eficaz. Se celebraba un banquete de bodas en Caná, escribe San Juan, «y la madre de Jesús estaba allí». Atenta a los detalles del servicio, se da cuenta de que el vino está a punto de terminarse. Sus huéspedes van a pasar un mal rato y hasta quizá una humillación. Con toda sencillez expone a Jesús ese contratiempo. Se trata de poca cosa, en definitiva, pero María comparte nuestras menores preocupaciones. «No tienen vino», dice. Ha expresado su deseo, sabe que Jesús lo tendrá en cuenta. El Señor tiene que juzgar si debe adelantar la hora en que se manifestará con los milagros. María sabe que, de una manera o de otra, su ruego será escuchado y, de la forma más natural del mundo, pone a los servidores a disposición de Jesús. «Haced lo que él os diga». ¿Cómo ese hijo tan bueno se resistiría a la tranquila seguridad de su madre? Gracias a ella el agua se cambia en vino y, lo que es más, los discípulos testigos del prodigio ofrecen al Maestro la adhesión total de su fe.

Esto sucedió en la tierra a propósito de un incidente de poca importancia. ¿Cuál será el poder de María en el Cielo para aliviar las verdaderas desgracias de sus hijos? Nuestra Señora no se desinteresará jamás de quienes ponen su confianza en ella. Tenemos sobre ella los derechos que un hijo desgraciado e impotente posee sobre su madre, si es que podemos hablar así. Una estrofa del *Ave maris stella* refuerza incluso esos derechos nuestros: «Demuestra que eres madre; que por tu mediación recibe nuestro ruego quien por nosotros quiso nacer de ti». Sí, nos debes tu protección, pues por nuestra causa fuiste Madre de Dios.

Ruega por nosotros, a quienes amas y que ponemos nuestra confianza en ti. Jesús no puede negar nada a quien le ha permitido ser nuestro Salvador. «¡Oh, tú! —le decía San Juan Damasceno— soberana y reina de nuestra naturaleza, escucha las oraciones de tus servidores que recurren a tu protección. Intercede por nosotros ante tu Hijo, pues tu intercesión, Virgen María, nunca es rechazada por el Señor, no niega nada a tus peticiones, ¡tan cerca estás de la simple y muy adorable Trinidad!». Igual aliento de confianza en esta otra oración de San Germán, patriarca de Constantino-

pla: «Tu asistencia es poderosa, Madre de Dios, no necesita estar apoyada por nadie junto a la divina majestad. Tienes un poder igual a tu querer. Gracias a tu autoridad maternal sobre Dios, no podéis no ser escuchada, pues Dios condesciende en todo y para todo a los deseos de su verdadera madre». Podríamos multiplicar las citas: los doctores y los santos hablan todos el mismo lenguaje. Bossuet se atreve a afirmar que Jesús tiene el deber de escuchar a su Santísima Madre: «Ser amado del Hijo de Dios es pura liberalidad con la que se digna honrar a los hombres: porque es el Hijo de María, y no existe hijo que no esté obligado a querer a su madre, lo que para los demás es liberalidad, con respecto a la Santísima Virgen es una obligación. Si la ama de tal suerte, tendrá que darle por necesidad. No podrá darle más que sus propios bienes. Los bienes del Hijo de Dios son las virtudes y las gracias»²¹.

Recurramos, pues, a María con una confianza sin límites. Su poder le permite acudir en nuestra ayuda y, teniendo para nosotros el amor de una madre, no puede no querer socorrernos. Dirijámonos filial-

²¹ BOSSUET, *Tercer sermón sobre la Natividad de la Santísima Virgen*.

mente hacia ella, como lo hacía San Francisco de Sales: «Te ruego, dulcísima Madre, que me gobiernes en todos mis caminos y acciones. No digas, Virgen graciosa, que no puedes, pues tu Hijo amado te ha dado todo poder, tanto en el Cielo como en la tierra. No digas que no debéis, pues eres la madre común de todos los humanos y singularmente mía. Si no pudieras, yo lo comprendería, diciendo: es verdad que es mi madre y que me quiere como a un hijo, pero la pobrecita no tiene haber ni poder. Si no fuerais mi madre, con razón me armaría de paciencia, diciendo: es más que rica para asistirme, pero por desgracia, como no es mi madre, no me ama. Puesto que, Virgen dulcísima, eres mi madre y eres poderosa, ¿cómo podría yo excusarte si no me consuelas y no me das tu socorro y tu asistencia? Ya ves, Madre mía, que estáis obligada a conformarte con mis peticiones».

10. María, refugio de los pecadores

PECCATORIBUS. *Ruega por nosotros, pecadores.* La devoción a la Virgen purísima no es privativa de las almas santas y de los corazones cándidos; María no es menos

madre de los pecadores, una madre llena de misericordia, que arde en deseos de arrancar a sus hijos rebeldes de su estado miserable.

Es un hecho digno de ser señalado que las oraciones oficiales que dirigimos a la Santísima Virgen pueden ser dichas por los pecadores. Éstos se preguntan si les está permitido repetir las palabras de la oración dominical, puesto que se oponen a la voluntad de Dios en la tierra; se sienten molestos recitando la fórmula del acto de esperanza que implica la obediencia a los Mandamientos, o la del acto de caridad, que excluye toda pasión contraria al amor de Dios. Pero en cambio no tienen que eliminar ni una sola palabra del Ave-maría; la antífona *Alma Redemptoris Mater* hace alusión a su miseria; y la *Salve* les propone en María una abogada compasiva. Las oraciones marianas, tan consoladoras para los fieles, son como oraciones de reserva para uso de los pecadores. Las letanías aprobadas por la Iglesia llegan incluso a otorgar a Nuestra Señora el título de *Refugio de los pecadores*. Igual que en la Edad Media nuestras iglesias gozaban del derecho de asilo para los criminales: si los agentes de la justicia civil los reclamaban, tenían que garantizar sobre los Evangelios

que librarían al culpable de la pena de muerte, de la mutilación y de la tortura; así también Nuestra Señora toma bajo su protección a los pecadores que han incurrido en los castigos de la justicia divina y les obtiene la abolición o la atenuación de su pena.

¿En qué se fundamentan esta prerrogativa de María y nuestro derecho a refugiarnos?

Es la inocencia de nuestra Madre la que habla en favor de sus hijos indignos. Su celo por la gloria de Dios la acucia a llevarlos a renunciar y a lamentar sus ofensas. El horror que le inspira el pecado, el pensamiento de la suerte desgraciada que espera a los pecadores la hacen multiplicar sus intercesiones. Su cooperación al sacrificio del Calvario le ha valido el poder contribuir eficazmente a nuestro arrepentimiento; ama demasiado a Jesús para soportar que no seamos salvados por Él, y su gozo es muy grande en el Cielo por un solo pecador que se convierte.

Sin embargo, la ternura del corazón misericordioso de María no quiere decir que aliente la presunción. Los pecadores que toma bajo su custodia son los mismos de quienes Jesús le gustaba ser llamado amigo. Nuestra Madre acoge a todos los

que se refugian a su lado. En cuanto a los que se enorgullecen de sus faltas o niegan su pecado, nuestra Madre no puede más que rogar para que no se endurezcan más, para que la verdad disipe su ceguera, aunque sea al precio de alguna prueba. Pero guarda todos los tesoros de su compasión para los pobres pecadores, para quienes son conscientes de su miseria y la deplo-
ran, para quienes gimen por ser incapaces de sacudirse las cadenas, para quienes obran el mal aun amando el bien, para quienes se lamentan y no obstante vuelven a caer, para quienes temen la justicia divina cuya severidad reconocen haber merecido. María escucha sus lamentos, se inclina sobre sus debilidades, no los abandonará jamás, los volverá a llevar hasta su Hijo divino.

Son muchos los pecadores que han vuelto a Dios después de largos descaminos y han reconocido que jamás dejaron de invocar a la Santísima Virgen, incluso cuando se debatían contra la gracia.

A los pobres grandes pecadores María les obtiene la luz que les revela la gravedad del pecado (*profer lumen caecis*), con el amor que les impulsa al arrepentimiento. *Solve vincla reis*: les desata los lazos de la desesperanza, encendiendo en su cora-

zón la llama de esperanza en la bondad de Dios. Los desata de la soberbia, hasta que la gracia acabe por librarlos totalmente del pecado. Junto con todos los servidores de Nuestra Señora nos alegra pensar que los pecadores que invocan a María no pueden no convertirse.

RUEGA POR NOSOTROS PECADORES. ¿Qué cristiano tendría la audacia de no considerarse entre los pecadores? Todos pertenecemos a la misma familia de rebeldes perdonados y todos seguimos ofendiendo al Padre que amamos. Todos, sin excepción, somos pobres pecadores por quienes nuestra Madre intercede. Y sus ruegos nos libera de las últimas ataduras del mal, disipa las fantasías que nos mantienen en la mediocridad. María nos inspira la delicadeza de conciencia, las exigencias de una mayor generosidad, una piedad más fervorosa, la atención a unas mortificaciones inadvertidas, nos inspira todo aquello que, alejándonos del pecado, nos convierte hacia Jesús.

11. La oración por medio de María

NUNC. *Ruega por nosotros ahora*, es decir, según el contexto, durante nuestra

vida. No obstante, este adverbio, por su extensión indefinida, nos invita a recurrir a la intercesión de María todos los días, en todos los instantes del día y, conforme a la teología católica, siempre.

El Avemaría es seguramente *la oración de todos los días*. Incluso un católico negligente es fiel al Avemaría cotidiana; si la omite es que, por desgracia, ha abandonado toda oración. Por el contrario, quienes tratan de cumplir sus deberes religiosos no se cansan de repetir esta oración tan fácil y tan descansada. Tiene su lugar destinado en los ejercicios de piedad de por la mañana y de por la noche; nos la encontramos cuando suena la hora del Ángelus y en la recitación al menos parcial del Rosario.

Su brevedad y su sencillez hacen del Avemaría una especie de oración jaculatoria que permite asociar a la Santísima Virgen a todas las acciones de cada día. Por lo demás, la devoción a María se caracteriza por la respetuosa familiaridad con la que tratamos a Nuestra Señora como con nuestras madres de la tierra, para invocarla por cualquier cosa y casi por la satisfacción de saludarla, iba a decir de sonreírle. Le confiamos nuestras alegrías y nuestras preocupaciones, le exponemos nuestras

dificultades, le encargamos que repare nuestras torpezas. Lo que no nos atrevemos a decir a nadie, se lo decimos a ella; le hablamos de lo que nos parecería demasiado insignificante a los ojos de la majestad divina. Una madre siempre está atenta a los pequeños detalles que se refieren a sus hijos. Lo sabemos por experiencia: cuántas veces una sola Avemaría ha alejado de nosotros la tentación. Cuando estamos apenados no tenemos más poderoso refugio que la cruz de Nuestro Señor: contemplamos a Aquel que ha sufrido como nosotros y por nosotros, pero con frecuencia nos faltan las palabras o no tenemos fortaleza para aceptar la prueba, entonces rezamos algunas Avemarías mirando a quien estaba de pie junto a la cruz. Y ante una *Piedad*, ante los dolores de María que abraza el cuerpo frío de su Hijo, las pobres madres pueden llorar en paz el hijo que han perdido.

María intercede por nosotros en todo instante, cada vez que decimos *ahora*. Más aún, incluso cuando no pensamos expresamente en nuestra Madre, está como un tercero en nuestras oraciones, y por medio de ella conseguimos ser escuchados. Ésa es la enseñanza corriente hoy día de los

teólogos sobre María, *medianera de todas las gracias*.

Ya se supone que ese título de *medianera* no puede ir en contra de la afirmación de San Pablo: «No hay más que un solo Dios y no hay más que un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo, que se entregó a sí mismo como rescate de todos»²². La palabra empleada es la misma, pero designa dos situaciones diferentes. Jesucristo es el único mediador entre Dios y los hombres; María es nuestra mediadora cerca de Jesús. La oración de la Misa del 31 de mayo cuida mucho de destacar esta distinción:

«Señor Jesucristo, Mediador nuestro delante del Padre, que constituisteis Madre vuestra y también Madre nuestra y Mediadora delante de Vos a la bienaventurada Virgen María; haced que cuantos acudieren a Vos para pedir os beneficios se alegren de conseguirlos todos por Ella».

Nuestra Señora ha sido entre Jesús y los hombres un intermediario necesario y libremente consentido. Igual que Eva fue mediadora de ruina, María fue mediadora de gracia, desde el primer momento de la En-

²² 1 Timoteo 2, 5.

carnación. Madre de la cabeza de la humanidad, es la madre de todos los que serán miembros del cuerpo místico de Cristo. En el Calvario coopera con nuestro Redentor: al lado de nuestro único Salvador, es una sola cosa con Él en la obra de nuestra reconciliación con Dios; en consecuencia, tiene una parte en la obra de nuestra santificación y de nuestra salvación. En el Cielo sigue, al lado de Jesús, intercesor permanente, obteniéndonos de Él las gracias que nos ha valido su sacrificio. «Dios —dice Bossuet—, habiendo resuelto una vez darnos a Jesucristo por la Santísima Virgen, ya ese orden no cambia, y los dones de Dios son sin retroceso. Es y será siempre verdad que, habiendo recibido, por medio de ella, una vez, el principio universal de la gracia, sigamos recibiendo por medio de ella sus diversas aplicaciones, en todos los estados diferentes que componen la vida cristiana»²³. El Papa León XIII escribe más explícitamente aún: «Habiendo prestado su ministerio a la obra de la redención de los hombres, María ejerce asimismo el mismo ministerio en la dispensación de la gracia que mana perpetuamente de la cruz, investida como está

²³ BOSSUET, *Tercer sermón para la fiesta de la Concepción de la Santísima Virgen*.

para ese fin de un poder casi inmenso»²⁴. Así pues, como explicaba San Bernardino de Siena, toda gracia concedida al mundo llega a éste por tres grados perfectamente ordenados: del Padre a Cristo, de Cristo a la Virgen, de la Virgen a nosotros.

Puesto que toda gracia nos viene por María, hemos de concluir con el Beato Grignón de Montfort que «todas nuestras oraciones deben pasar por ella». San Bernardo ya lo aconsejaba: «Todo lo que desees ofrecer, no olvides de encomendárselo a María para que la gracia suba al dador de la gracia por el mismo canal que te lo ha traído. Dios podría, si lo hubiera querido, otorgarte la gracia sin ese acueducto; pero ha querido darte un vehículo. Puede que tus manos estén manchadas: por eso, si no quieres encontrar un rechazo, pon cuidado en remitir a María lo poco que tienes que ofrecer, para que sea presentado por sus manos tan queridas y tan dignas de acepción»²⁵.

Agradezcamos a nuestra Madre el que nos asista de continuo, incluso cuando no nos damos cuenta. ¿Por qué tendríamos

²⁴ LEÓN XIII, Encíclica *Adiutricem populi*, 5-9-1895.

²⁵ SAN BERNARDO, *Sermón para la natividad de la Santísima Virgen María*.

que obstinarnos en permanecer en nuestra pobreza, cuando ella está ahí para comunicarnos su riqueza? De la admirable oración a Nuestra Señora con la que Dante corona su inmortal poema, destaquemos estos versos:

«Tan grande eres, Señora, y tan
/poderosa,
que el que pretende una gracia y no
/acude a ti,
desea el imposible de volar sin alas.
Y tu bondad no sólo viene en auxilio
del que la demanda, sino que muchas
/veces
se anticipa generosamente a todo
/ruego».

12. María, puerta del Cielo

ET IN HORA MORTIS NOSTRAE. No sabemos si tendremos la dicha de desgranar el Rosario en nuestro lecho de muerte. Pero aunque este favor no nos sea concedido, Nuestra Señora estará a nuestro lado en esos últimos momentos, puesto que tantas veces le hemos dado una cita para «la hora de nuestra muerte».

¿Cómo se presentará para cada uno de nosotros esa hora tan grave, que fijará

nuestra eternidad, esa hora tan rica en gracias y bastante cargada de sufrimiento para reparar las faltas de nuestra vida? ¿Tendremos tiempo de purificar nuestra conciencia antes de enfrentarnos con el juicio de Dios? No sabemos si nos moriremos de repente, o destruidos por la enfermedad. ¿Tendremos el espíritu lo suficientemente lúcido para ofrecer nuestra vida al Maestro que nos la reclamará? Estemos prevenidos para cualquier sorpresa encomendándonos ya desde ahora a María. Confiémosle anticipadamente nuestros remordimientos y nuestros temores, y abandonemos a su solicitud maternal los intereses eternos de nuestra alma, de los que sin duda seremos muy poco capaces de velar entonces como sería necesario. «Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos, ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte».

¡Cuánta seguridad nos dan esas últimas palabras del Avemaría! Nuestra muerte se producirá cuando y como Dios lo quiera: el Avemaría contiene una especie de convenio tácito por el que María nos promete estar allí. Estará a nuestro lado, igual que estuvo, tierna, emocionada, angustiada, junto al lecho de muerte de su bienaventurado esposo José, cuya mano

tenía apretada en la suya cuando expiró. Y Jesús apretaba la otra mano del moribundo. Estará a nuestro lado igual que estuvo en el Calvario junto a la cruz, para secundar la fe y el valor del bandido convertido: estaba de pie entre el Salvador y el buen ladrón, el pobre pecador a quien Jesús concedió el Paraíso. En cuanto a ella, había padecido en el Gólgota las horas crueles de su propia agonía: cuando Jesús rindió el espíritu ella sintió que le arrancaban la vida. Pero no debía acompañarle, tenía que morir dos veces; era necesario que permaneciera en la tierra para cumplir sus funciones de maternidad espiritual junto a sus nuevos hijos y formarlos a imagen de su Hijo.

Igual que vivió quince años antes de que el Verbo se encarnase en ella, después que su Hijo regresó a la diestra del Padre tuvo que vivir unos quince años privada de su presencia visible. No experimentó ni la decadencia de la vejez ni las endeblesces de la edad. El tiempo no ejercía sus estragos en el cuerpo inmaculado de María; el amor divino hizo su obra en el alma de nuestra Madre. Estrechamente unida a Dios en el abrazo de un amor tan fuerte como sereno, habitaba ya en el Cielo: sin un auxilio extraordinario de la gracia, no

podría haber seguido viviendo aquí abajo. Un día Dios le retiró suavemente ese auxilio. La persecución había obligado a los apóstoles a abandonar Jerusalén y a dispersarse por el mundo para empezar la evangelización: el cometido de María había terminado. Entonces su corazón se rompió sin estremecimiento, sin un estertor, una vez más los testigos la vieron arrebatada en éxtasis, pero esta vez ya no volvió en sí. La Madre se había unido a su Hijo... Es curioso que los más antiguos documentos no hablen nunca de la muerte de Nuestra Señora; cuando los cristianos de otros tiempos hacían alusión a su muerte, empleaban términos más exactos: *dormitio*, el sueño de María, o *transitus*, su paso al Cielo. Y desde su gloriosa asunción, María es para nosotros la puerta del Cielo.

«Señora, si ha sido concedido a las almas muy santas morir de amor como tú, consigue por lo menos para tus pobres hijos pecadores morir en el amor de tu Hijo Jesús. Aleja de nosotros las últimas tentaciones del adversario, que se esforzará en llevarnos a la desesperanza. *Spes nostra, salve*. Reina del Cielo, sé nuestra esperanza, fortalece nuestra confianza en la misericordia de nuestro Salvador. Que tu mira-

da compadecida apacigüe nuestra intranquilidad; al término de nuestro exilio, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

María, madre de gracia,
dulce Madre de clemencia,
protégenos contra el enemigo
y recíbenos a la hora de nuestra
muerte».

«Madre, a quien los pecados de los hombres han afligido tan cruelmente, no nos abandones en el momento del juicio, cuyo solo pensamiento nos asusta». La Iglesia nos advierte con frecuencia: «¿Cómo mantendré la discusión? ¿Qué responderé al interrogatorio? ¿A qué patrono me acogeré?». Pero la Iglesia también me ha enseñado que, a pesar de todo, serás nuestra abogada, y en su liturgia ha incluido otras frases menos terribles. Con tu servidor franciscano Jacopone, me animo a decirte: «Pueda yo ser defendido por ti en el día del juicio, Virgen bendita. Jesucristo, cuando tenga que partir de aquí, concédeme por medio de tu Madre recibir la palma de la victoria.

»Madre, esto no es todo. También te necesitaré a ti si, como espero, el juez soberano me condena sólo a las penas purificadoras, donde conoceré en el sufrimien-

to la infinita bondad de Dios. Cuida de mí, Reina del purgatorio.

»¡A ti suspiran, Virgen amable, los difuntos deseosos de ser liberados de sus penas, para ser admitidos en tu presencia y disfrutar las alegrías eternas, María!».

Aunque la intercesión de la Santísima Virgen a favor de las almas del Purgatorio no constituye un artículo determinado de la enseñanza oficial de la Iglesia, es al menos una conclusión natural de esa enseñanza. Puesto que la justicia divina quiere tener en cuenta los sufragios de los justos de la tierra y de los elegidos del Cielo por sus hermanos de la Iglesia sufriente, la oración y los méritos de María contribuyen ciertamente al alivio de las almas santas que aún no están en el Cielo. Una de las oraciones de la liturgia menciona la asistencia eficaz de Nuestra Señora: «Dios, que otorgas tan liberalmente el perdón y quieres la salvación de los hombres, imploramos tu clemencia en favor de nuestros hermanos, de nuestros parientes y benefactores que han salido de este mundo: dígnate, por la intercesión de la bienaventurada María siempre virgen y de todos los santos, concederles llegar a participar de la beatitud eterna».

La intervención de la Reina del Cielo puede, pues, abreviar el tiempo de la pena que padecen las almas del Purgatorio. Y podemos pensar que su misericordia las consuela, las anima, las alivia incluso durante el tiempo de su expiación. Santa Brígida recibió esta confidencia de María: «Soy la Reina del Cielo, soy la Madre de misericordia y del camino por el que los pecadores vuelven a Dios. No hay pena del Purgatorio que, por mi causa, no se haga más ligera y más fácil de soportar de como lo sería sin mí». Otros santos han precisado más: así, San Ildefonso afirma que todos los años, el día de la Asunción, todas las almas del Purgatorio experimentan una dulcificación de sus penas. Por su parte, Dionisio el Cartujo decía que «todos los años, en las fiestas de Navidad y de Pascua, María desciende con una multitud de ángeles al Purgatorio, con el fin de sacar de allí un gran número de almas»²⁶.

Unámonos a la misión de socorro de Nuestra Señora: estamos seguros de que participamos de las disposiciones de su corazón cuando le encomendamos, al recitar el Ave María, a los enfermos que han llegado al término de sus vidas, a todos los

²⁶ Cf. TERRIEN, *La Madre de los hombres*, lib. 10, cap. 2.

que están en la agonía, y también a nuestros queridos difuntos y a todos los difuntos por los que nadie reza, y en especial a todos los que tuvieron confianza en nuestra Madre. Nunca seremos más agradables a Jesús que cuando le ofrecemos nuestros pobres méritos por quienes ya no pueden merecer y a quienes su amor está impaciente por recibir en el Cielo.

Las almas santas cuya felicidad hemos adelantado serán cuando llegue la hora de nuestra muerte, nuestras auxiliares más solícitas haciéndonos la limosna de su oración.

CONCLUSIÓN

Es imposible que agotemos los tesoros ocultos en cada una de las palabras del *Ave María*. El cristiano que se ponga a meditarlas podrá descubrir sin esfuerzo muchos otros motivos de alabanza y de gratitud hacia nuestra Madre del Cielo. Unos y otros se presentarán por sí solos a su espíritu a lo largo de la recitación diaria del *Ave María*. Lo más corriente es que el alma que reza no quede prendida a las palabras que pronuncian sus labios: el pensamiento se apodera de él y lo eleva hacia Dios, mientras van quedando atrás las palabras que se suceden. El *Ave María* nos trae al recuerdo la magnífica historia de Nuestra Señora, sus grandezas y su arrebatadora santidad, su poder cerca de Dios y su bondad siempre dispuesta a acudir en nuestro auxilio. Pero, cualquiera que sea el aspecto bajo el que la contemplemos, nuestras

Avemarías serán siempre un grito de admiración, la llamada del hijo a su madre, el saludo tierno y jubiloso.

A quien es la más alta princesa
porque es la más humilde mujer.

A la que está más cerca de Dios
porque es la que está más cerca de los
hombres.

A la que es infinitamente salva
porque es la que salva infinitamente²⁷.

²⁷ PÉGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*.

ÍNDICE

I	
EL ORIGEN DEL AVE MARÍA	9
1. <i>La «Salutación»</i>	9
2. <i>La «Petición»</i>	15
II	
VALOR DOCTRINAL DEL AVE MARÍA	19
III	
CONSIDERACIONES SOBRE LAS PALABRAS DEL AVE MARÍA	25
1. <i>La vocación de María</i>	25
2. <i>El nombre de María</i>	31
3. <i>La Inmaculada Concepción</i>	38
4. <i>La Encarnación</i>	44
5. <i>La primacía de María</i>	51
6. <i>Hijo de María</i>	58
7. <i>María, modelo de santidad</i>	65
8. <i>La maternidad divina de María</i>	70
9. <i>La intercesión de María</i>	76
10. <i>María, refugio de los pecadores</i>	83
11. <i>La oración por medio de María</i>	87
12. <i>María, puerta del Cielo</i>	93
CONCLUSIÓN	101

Cuadernos Palabra

Títulos publicados

- 18.— LA PASIÓN DEL SEÑOR**
Autor: Luis de la Palma
- 22.— EL ARTE DE APROVECHAR NUESTRAS FALTAS**
Autor: José Tissot
- 27.— EL EVANGELIO DE MARÍA**
Autor: Salvador Muñoz Iglesias
- 31.— MI ÁNGEL MARCHARÁ DELANTE DE TI**
Autor: Georges Huber
- 32.— LAS CONFESIONES**
Autor: San Agustín
- 33.— ORACIÓN Y PRESENCIA DE DIOS**
Autor: Francisco Luna Luca de Tena
- 34.— EL EVANGELIO DE SAN MATEO**
Autor: Francisco Fernández-Carvajal
- 35.— SINCERIDAD Y FORTALEZA**
Autor: José Antonio Galera
- 38.— JOSÉ DE NAZARET. El hombre de confianza**
Autor: Bernard Martelet
- 40.— EL AVEMARÍA**
Autor: Camilo López Pardo
- 43.— EL EVANGELIO DE SAN LUCAS**
Autor: Francisco Fernández-Carvajal
- 46.— EL ALMA DE TODO APOSTOLADO**
Autor: Dom. J. B. Chautard
- 48.— AMAR Y VIVIR LA CASTIDAD**
Autor: José Luis Soria

49.— VASIJA DE BARRO

Autor: Leo J. Trese

50.— PUEDES VOLAR COMO LAS ÁGUILAS

Autor: Leo J. Trese

51.— LAS GLORIAS DE MARÍA, I. LA SALVE

Autor: S. Alfonso M.^a de Ligorio

53.— TEOLOGÍA PARA TODOS

Autor: Frank J. Sheed

56.— EL EVANGELIO DE SAN JUAN

Autor: Justo Luis R. Sánchez de Alva

58.— MÁS QUE A LAS AVES DEL CIELO

Autor: Leo J. Trese

59.— LA CONFESIÓN

Autor: Francisco Luna Luca de Tena

50.— LA TIBIEZA

Autor: Francisco Fernández Carvajal

64.— EL CREDO A CÁMARA LENTA

Autor: Ronald A. Knox

65.— LIBRO DE LA ORACIÓN Y MEDITACIÓN

Autor: Fray Luis de Granada

66.— UN MAPA DE TU VIDA

Autor: Frank J. Sheed

67.— LOS SILENCIOS DE SAN JOSÉ

Autor: Michel Gasnier

70.— INTRODUCCIÓN A LA VIDA DEVOTA

Autor: San Francisco de Sales

74.— RETIRO PARA GENTE JOVEN

Autor: Ronald A. Knox

76.— LAS CONVERSIONES DEL ALMA

Autor: R. Garrigou-Lagrange

80.— NADA TE TURBE, NADA TE ESPANTE

Autor: Antonio Royo Marín, O. P.

81.— ROSA MÍSTICA

Autor: Card. John H. Newman

**83.— LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LAS
ALMAS**

Autor: Alexis Riaud

84.— LA SABIDURÍA DEL CRISTIANO

Autor: Leo J. Trese

88.— DIOS NECESITA DE TI

Autor: Leo J. Trese

90.— ADÁN, EVA Y EL MONO.

La fe y los «signos de los tiempos» cara a cara

Autor: Louis de Wohl

92.— LA PERSEVERANCIA

Autor: Ramón Taboada

93.— FIDELIDAD

Autor: Javier Abad

94.— EL EVANGELIO DE MI MADRE

Autor: Pier Luigi Zampetti

95.— LA GRACIA DE SER MUJER

Autora: Georgette Blaquièrre

95.— NUESTRA MADRE DEL CIELO

Autor: Laurentino M^a Herrán

97.— LA MISA

Autor: Francisco Luna Luca de Tena

98.— CINCO MANSIONES DE AMOR Y GOZO

Autor: Edward Le Joly

99.— EL VALOR DE LOS DEFECTOS AJENOS

Autor: Juan Marqués Suriñach

100.— LA VIDA DE JESUCRISTO, REDENTOR DEL MUNDO, CONTADA POR JUAN PABLO II

Autor: Pedro Beteta

101.— EL HIJO PRÓDIGO

Autor: Georges Chevrot

102.— LA VOCACIÓN DE SAN JOSÉ Y LA NUESTRA, EXPLICADAS POR JUAN PABLO II

Autor: Pedro Beteta

103.— LA VIDA DE MARÍA, MADRE DEL REDENTOR, CONTADA POR JUAN PABLO II

Autor: Pedro Beteta

104.— EL SACRIFICIO DE LA MISA

Autor: Emilio Sauras, O. P.

105.— PARA HACER APÓSTOLES

Autor: Ad. Tanquerey

**106.— LÁGRIMAS DE CRISTO.
LÁGRIMAS DE LOS HOMBRES**

Autor: Francisco Faus

107.— SEMILLAS DE ORO DE LA BIBLIA

Autor: Etienne Brot

108.— EL AVEMARÍA

Autor: Georges Chevrot

COLECCIÓN *ARCADUZ*

TÍTULOS PUBLICADOS

CONOCER A JESUCRISTO

Frank J. Sheed

POR LAS RUTAS DE SAN PABLO

Salvador Muñoz Iglesias

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESÚS

Marcelle Auclair

LA LUZ APACIBLE

Novela sobre Santo Tomás de Aquino y su tiempo

Louis de Wohl

LA SOMBRA DEL PADRE

Jan Dobraczyński

LA CANCIÓN DE BERNADETTE

Historia de las apariciones de la Virgen en Lourdes

Franz Werfel

EL CURA DE ARS

Francis Trochu

LA VIDA COTIDIANA DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS

A. G. Hamman

LA LANZA

Historia del Centurión Longinos

Louis de Wohl

EL ORIENTE EN LLAMAS

Biografía novelada de San Francisco Xavier

Louis de Wohl

EL ÁRBOL VIVIENTE

Historia de la Emperatriz Santa Elena

Louis de Wohl

DON BOSCO Y SU TIEMPO

Hugo Wast

LA MADRE TERESA

«Lo hacemos por Jesús»

Edward Le Joly

EL MENDIGO ALEGRE

Historia de San Francisco de Asís

Louis de Wohl

CIUDADELAS DE DIOS

Novela sobre San Benito de Nursia y su tiempo

Louis de Wohl

Y EL RAYO CAYÓ POR TERCERA VEZ

El drama de la vida de Juan el Bautista

Jan Dobraczyński

CORAZÓN INQUIETO

La vida de San Agustín

Louis de Wohl

LA DONCELLA DE NAZARET

Historia de la Virgen María

Javier Suárez-Guanes

FUNDADA SOBRE ROCA

Historia breve de la Iglesia

Louis de Wohl

AL ASALTO DEL CIELO

Historia de Santa Catalina de Siena

Louis de Wohl

JUANA DE ARCO

Mark Twain

EL HILO DE ORO

Vida y época de San Ignacio de Loyola

Louis de Wohl

ENCUENTROS CON LA SEÑORA

Historias del Santo Icono de la Virgen de Czestochowa

Jan Dobraczyński

EL PUEBLO DE LA BIBLIA

Daniel-Rops

SAN ANTONIO DE PADUA

Jan Dobraczyński

JESÚS EN SU TIEMPO

Daniel-Rops

SAN FRANCISCO DE SALES

Valentín Viguera Franco

EL MENSAJERO DEL REY

Novela sobre San Pablo y su tiempo

Louis de Wohl

LO QUE MARÍA GUARDABA EN SU CORAZÓN

José María Pemán

«NO OLVIDÉIS EL AMOR»

La pasión de Maximiliano Kolbe

André Frossard

SAN JUAN DE LA CRUZ

Su presencia mística y su escuela poética

José María Moliner

LOS ELEGIDOS DE LAS ESTRELLAS

La misión profética de Jeremías

Jan Dobraczyński

EL APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

Vida del Padre Damián

Wilhelm Hünermann

JERÓNIMO EMILIANO

Santo, guerrero y protector de la juventud en peligro

Suzanne Chantal

MAGDALENA

Jan Dobraczyński

SAN JUAN BOCA DE ORO

Virgil Gheroghiu

SANTA TERESITA

Maxence Van der Meersch

**LA IGLESIA DE LOS APÓSTOLES
Y DE LOS MÁRTIRES**

Daniel-Rops

TRES MILAGROS PARA EL SIGLO XXI

El Pilar (siglo I), Guadalupe (1531), Fátima (1917)

Francisco Ansón

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN

Su historia

Annette Colin-Simard

EL MENDIGO DE GRANADA

Vida de San Juan de Dios

Wilhelm Hünermann

SANTA GENOVEVA

Y el comienzo de la Francia cristiana

Jöel Schmidt

EL APÓSTOL DE LAS GALIAS

Vida de San Martín

Wilhem Hünermann

EL REY SAÚL

¿Un paso en falso de Dios?

J. Francis Hudson

LA SÁBANA SANTA:

Últimos hallazgos. 1994

Francisco Ansón

EL PADRE DE LOS POBRES

Vida de San Vicente de Paúl

Wilhem Hünermann

SAN FRANCISCO DE PAULA

Piero Addante

**EL DIVINO IMPACIENTE. CISNEROS. LA SANTA
VIRREINA**

José María Pemán

**Esta primera edición de
EL AVEMARÍA
se acabó de imprimir
el día 26 de marzo de 1996
en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)**

ISBN 84-8239-093-7



9 788482 390932